

CURSOS Y CONFERENCIAS

SUMARIO

— FEDERICO DE ONIS	Ortega, joven
— JUAN MANTOVANI	La pedagogía de Ortega y Gasset
JOSE GONZALEZ GALE	Población y subsistencias
LORETO M. DOMINGUEZ	La evolución económica argentina durante los últimos 40 años

NOTAS

Premios a la producción literaria y científica. Discurso de Francisco Romero. Marcos Satanowsky.

VIDA DEL COLEGIO — Filial de Bahía Blanca — Filial de Rosario.

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VOLUMEN L
NUMERO 277

AÑO XXVI

JUNIO
DE 1957

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Se publican cuatro números anuales

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 532.980

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA y AMERICA LATINA: Suscripción anual \$ 60 m/n. argentina.

OTROS PAISES: suscripción anual, cinco dólares.

CURSOS Y CONFERENCIAS no está a la venta en librerías. Sólo circula entre sus socios y amigos, como órgano de la institución.

Dirección y Administración:

CALLAO 468, 1er. piso, Oficina 7 A - T. E. 45-7436

BUENOS AIRES — ARGENTINA

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

FRANCISCO ROMERO: Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual. — CARMELO M. BONET: Neopreciosismo y estilo modernista. — HUGO W. COWES: Poema XIII de Antonio Machado. — AMERICO GHIOLDI: Una sugestión de política educacional. — LORENZO R. PARODI: La terminología botánica en el nuevo Diccionario de la Academia. — JUAN C. TORCHIA ESTRADA: El "Yo y Tú" de Martín Buber. — LIBROS: Carta de Raúl Montero Bustamante a Roberto F. Giusti sobre los "Ensayos" de Roberto F. Giusti. — VIDA DEL COLEGIO: Filial de Rosario.

Esta entrega N° 277 de CURSOS Y CONFERENCIAS se terminó de imprimir el 25 de setiembre de 1957 en los Talleres Gráficos "Continental", Lavalle 1671, Buenos Aires (Argentina)



12 H
05
CR39
AÑO XXVI

Volumen L

Número 277

C U R S O S

Y

CONFERENCIAS

J U N I O

D E 1957

Buenos Aires

Centro Cultural General
Juan Martín de Pueyrredón
BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL

25 de Mayo 3108
7600 Mar del Plata

Ortega, joven

por FEDERICO DE ONÍS

Un día de enero de 1916 se despidió Ortega formalmente de su juventud, desde su mirador del Escorial. Fue en el prólogo de su libro *Personas, obras, cosas...*, en el que recogió "los trabajos menos imperfectos" entre los que había publicado en diversos periódicos en los nueve años anteriores entre 1904 y 1912. Con su tono habitual, de énfasis y reserva al mismo tiempo, dijo:

"Al dar este tomo a la imprenta me ha parecido, pues, que me despedía de mi mocedad. Y en esa hora patética ha habido un instante peligroso: toda mi juventud se ha adelantado turbulenta en mi memoria, como legionarios de Roma en el día de su licenciamiento. He necesitado algún esfuerzo para que este prólogo no cayera en la tentación de dar *sollemnidad* a la despedida, concediendo así injustificada importancia a esta escena vulgar del hombre que dice «adiós» a sus primeros fervores y dolores".

No está claro cuál es el año al que se refiere como fin de su juventud, pues aunque la despedida está fechada en enero de 1916, los artículos coleccionados como su obra de juventud van desde 1904 a 1912, período de nueve años, que un momento después se convierten en diez, cuando dice: "Esos mis diez años jóvenes". Habiendo nacido el 9 de mayo de 1883, tenía en 1912 veintinueve años.

Estos cálculos habría que rectificarlos, si tenemos en cuenta los artículos de juventud recogidos en sus obras completas. En la primera colección, publicada en 1932 con el título *Obras*, no incluyó nada anterior a 1914, fecha de publicación de su conferencia *Vieja y nueva política* y de las *Meditaciones del Quijote*, con las que inicia el gran volumen de sus obras, y que en efecto fueron el principio de su producción madura genuinamente grande y original. En la nueva co-

308.622

lección publicada en 1946 el título cambia de *Obras* a *Obras completas* y se dice que es la "Primera edición". En ella se añaden, además de las obras escritas después de 1932, muchos artículos de distintas épocas, al mismo tiempo que se suprimen algunas de las obras contenidas en la primera edición de 1932. Mientras se publica una edición verdaderamente completa, habrá que consultar todas para conocer su obra. La de 1946 retrotrae el principio de su producción literaria juvenil al año 1902 y lleva su fin hasta 1913, es decir, un período de once años, desde sus diecinueve a sus treinta. En el clima español, es una juventud más bien tardía, de desarrollo lento, y por eso su producción literaria muestra desde el principio señales de madurez y no está claro el momento en que su juventud termina.

Cuando publica su primer artículo, "Glosas", el 1º de diciembre de 1902 en *Vida Nueva*, una de las revistas del modernismo, ya era licenciado en filosofía y letras, y dos años después, en 1904, ya era doctor. Sus estudios del bachillerato y la universidad los había hecho, como otros hijos de buena familia madrileña, bajo los jesuitas, en el Colegio de Miraflores del Palo, cerca de Málaga, donde fue *emperador* seis años, y en la Universidad de Deusto. Todos esos años de su adolescencia y juventud apenas aparecen en su obra, y las escasas referencias que en ella se encuentran llevan un dejo de despecho y asco. Estas palabras fuertes son las que él emplea en el artículo que en 1910 escribió "Al margen del libro A.M.D.G.", de Ramón Pérez de Ayala, y en el prólogo a sus *Obras* (1932) donde, al hacer "ese gesto de echar el brazo atrás y recoger el pasado", que significa una nueva parada en su vida, nos dice: "Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo" y "el roce con la piel de mi pasado me repugnaba".

Dejemos esos años anteriores a su licenciatura, que él no quiere recordar, y que, por lo que sabemos de ellos, se reducen a su infancia madrileña, en una familia típica de la Restauración, distinguida en las letras, el periodismo y la política, tanto por el lado Ortega como por el lado Gasset. Su padre, don José Ortega Munilla, a quien conocí como presidente, en su calidad de académico, del tribunal de las oposiciones a cátedras que hice en 1910, era un perfecto caballero y un novelista con personalidad y valor propios en la pléyade de la Restauración, y dirigía *El Imparcial*, gran rotativo madrileño liberal, que en su sección titulada *Los Lunes* daba acogida a la literatura,

incluso la de los nuevos escritores de la generación modernista, quienes a través de ella pudieron llegar al gran público. La formación de Ortega es, por lo tanto, enteramente madrileña y su educación en los colegios de los jesuitas no la interrumpió puesto que volvería a casa durante las vacaciones hasta que terminó su carrera en la Universidad de Madrid en 1902.

En ese mismo año empezó a escribir; pero a pesar de las facilidades que tenía para publicar lo que escribiera, vemos que no tuvo prisa en hacerlo, pues solamente publicó un artículo en 1902, ninguno en 1903 y sólo cuatro en 1904, año en que se doctoró con una tesis sobre el milenio, que no se publicó. En estos años decisivos, en los que, terminada su educación, fue dueño de sí mismo, nos interesa, para entender su formación, más que lo poco que escribió, lo mucho que sin duda hizo. En su primer artículo hay ya rasgos del estilo de Ortega e indicios de los problemas ideológicos que le van a preocupar toda la vida. Empieza con esta frase que anuncia una actitud típicamente orteguiana: "Hablaban ayer con un amigo mío, uno de esos hombres admirables que se dedican seriamente a la caza de la verdad, que quieren respirar certezas metafísicas: un pobre hombre".

Esta primera frase que escribió Ortega a los diecinueve años indica ya que una necesidad interna de su ser le llevaba a ser filósofo, aunque con reservas irónicas. En el resto del artículo trata de lo personal y lo impersonal en la crítica, del individuo y la masa, tema bien orteguiano. En los cuatro artículos de 1904, publicados en *La Lectura* y *El Imparcial*, trata de temas literarios: uno, bellamente escrito, sobre "Las ermitas de Córdoba" es el primero de los que toda su vida escribió sobre tierras y paisajes españoles; los otros tres versan respectivamente sobre libros de Valle-Inclán, Maeterlinck y la Condesa de Noailles. Se ve que por entonces su formación y sus lecturas son predominantemente francesas, su gusto se inclina más hacia la literatura a pesar de su otra vocación filosófica, y su interés se dirige a los escritores españoles que pocos años antes habían irrumpido en la literatura: Valle-Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu, Antonio Machado, con los cuales inició su amistad desde entonces como un amigo más joven.

¿Qué hacía en esos años en que escribió tan poco? Aquí tengo que conjeturar, porque yo no le conocí personalmente hasta 1908, ni tampoco conocía el mundo literario de Madrid hasta que fui allí

en octubre de 1905 a estudiar para el doctorado. Tengo que hablar de mí mismo, porque mucho de lo que he de decir sobre la juventud de Ortega está basado en el conocimiento adquirido a través de nuestra amistad personal. Creo que desde 1902 a 1905, es decir, de los diecinueve a los veintidós años, a pesar de sus múltiples relaciones sociales y literarias en el entonces pequeño gran mundo madrileño, vivió recogido en sí mismo, consagrado intensamente al estudio, sobre todo de la filosofía. En esos años adquirió los fundamentos de su extraordinaria cultura y llegó a las decisiones que iban a regir toda su vida posterior. La primera era la de adquirir una cultura normal europea antigua y moderna en su plano más alto y más amplio; la segunda era llevar a cabo la incorporación de España a la cultura universal. Para el conocimiento de la cultura europea antigua necesitaba la lengua griega, que había empezado a estudiar en Deusto con el entonces Padre Julio Cejador, que luego salió de la Compañía y por quien siempre guardó Ortega un respeto difícil de explicar por ser Cejador el defensor más típico y enérgico del casticismo español frente a todo intento de europeización. Supongo que acrecentaría por entonces su dominio del griego leyendo a los filósofos y que al mismo tiempo estudiaría el alemán para el conocimiento de la cultura europea moderna, y como preparación necesaria para el viaje de estudio a Alemania que emprendió deliberadamente después de doctorarse y que duró dos años, de 1905 a 1907. En estos años aparecen en *El Imparcial* unos pocos artículos suyos, cuatro en 1906 y dos en 1907. Esta producción aumenta considerablemente a partir de 1908, después de su regreso a España.

Entonces fue cuando le conocí, en circunstancias que tienen importancia para entender en qué consistía la fuerza y el valor personal que Ortega tuvo siempre, desde aquel tiempo en que no había hecho apenas nada, y que nacía de una seguridad modesta y sincera en la superioridad propia, tal, que era aceptada por los demás. Le conocí en Salamanca, por casualidad, en un viaje que hice allá desde Oviedo, para algún asunto personal. Como siempre que regresaba a Salamanca, fui a ver a Unamuno, y me llegué a su casa al oscurecer, cuando sabía que él estaría allí de vuelta de su paseo cotidiano. Le encontré con un joven desconocido, a quien me presentó, y poco después nos despedimos porque Ortega había estado todo el día con él y yo no tenía nada especial que decirle, aparte de saludarle. Salimos juntos

y pasamos varias horas caminando por las viejas calles de Salamanca. Para mí era bien conocido el nombre de Ortega y no sé si él sabía algo de mí; pero el caso es que hablamos como si nos conociéramos de toda la vida. Me habló de Alemania, de España, de lo que había que hacer, de lo que hacíamos en el Centro de Estudios Históricos, etc., pero guardó un extraño silencio acerca de lo que había hablado con Unamuno y del objeto de su viaje. Él regresaba aquella noche a Madrid, yo iba a ir allá dentro de pocos días y quedamos citados para vernos, como lo hicimos y lo seguimos haciendo diariamente hasta mi salida para los Estados Unidos en 1916. Este primer encuentro con Ortega debió de ser hacia marzo de 1908 y fue el principio de una estrecha amistad, expresada por él al dedicarme un ejemplar de sus *Meditaciones del Quijote* con las palabras: "como si fuera a mí mismo".

Tenía entonces Ortega veinticuatro años y yo era año y medio más joven. Recuerdo la impresión de simpatía y de respeto que causó en mí toda su persona, como creo ocurría con todos los que le conocían y con los públicos que le escuchaban. Muchas de sus cualidades, incluso físicas, como la voz, la mirada, los gestos, continuaron toda su vida; algunas pasaron con la edad, como el pelo ondulado y espeso, que entonces tenía, y que poco después fue pasando por las varias fases de una prematura calvicie. Recuerdo, en cuanto a la indumentaria, que llevaba aquel día un sombrero negro de alas anchas, como se usaban por entonces en París, y supongo que en Alemania, por los literatos y artistas.

Lo ocurrido en la entrevista con Unamuno, sobre lo que ambos guardaron silencio, lo puedo reconstruir ahora por cosas que supe después y por la actividad pública y privada de los dos. Creo que es de primaria importancia para entender a Unamuno y a Ortega y la significación de ambos y cada uno en su época, conocer las relaciones entre los dos hombres que significan más en la España moderna, y que representan el pensamiento español fuera de ella, en el mundo contemporáneo. Me limitaré ahora a sus relaciones primeras durante la juventud de Ortega. Datan éstas del principio mismo de la actividad literaria de Ortega, que sin duda por su edad leyó cuanto Unamuno había escrito hasta entonces. Pero no se limitó a la lectura, sino que mantuvo correspondencia con Unamuno, de la que hay constancia en un artículo de éste titulado: "Almas de jóvenes", de mayo

de 1904, donde Unamuno transcribe y comenta dos cartas, dice, "de mi joven amigo J. O. G., que ha hecho ya, y con aplauso de los buenos, sus primeras armas". Es significativo este reconocimiento inmediato por parte de Unamuno del valor del joven Ortega, que no había escrito más que los cinco artículos a que me he referido antes, y lo es también el hecho de que tan pronto hubiese entre los dos esta relación epistolar, en la que Ortega muestra una actitud de respeto hacia el maestro al mismo tiempo que una independencia en la que ya están claras las divergencias que habían de hacerles incompatibles toda la vida. No extracto aquí estas cartas, porque pueden leerse en las *Obras completas* de Unamuno.

La primera expresión pública de esta divergencia vino tres años más tarde en un artículo de Ortega "Sobre los estudios clásicos", publicado en *El Imparcial*, el 28 de octubre de 1907, en el que dice: "Dejo para unas disputas que estoy componiendo contra la desviación «africanista» inaugurada por nuestro maestro morabito Don Miguel de Unamuno..." Sigue mirando a Unamuno como maestro y por primera vez le aplica la denominación de morabito. Con todo esto, cuando al volver a España tiene Ortega conciencia clara de que el propósito y razón de ser de su vida ha de ser la salvación de su patria mediante su incorporación a la cultura europea, y se siente naturalmente llamado a dirigir y encauzar las fuerzas españolas con las que se ha de realizar esta obra, no duda un momento de que la mayor de todas es la personalidad de Unamuno, y por eso su primer paso es ir a Salamanca a recabar la colaboración del maestro en la obra común. No podemos saber lo que hablaron aquel día, pero por lo que escribieron desde aquella fecha podemos colegir que en aquella entrevista no se llegó al acuerdo que Ortega buscaba, sino a un disentimiento radical que cada uno manifestó a su manera. La de Unamuno consistió, como era natural en él, en empezar desde entonces a escribir contra la actitud de Ortega, sin nombrarle nunca ni referirse abiertamente a sus escritos. Unamuno escribía por rachas sus innumerables artículos de periódico, que sólo en muy pequeña parte se han coleccionado en sus obras completas. A raíz de la entrevista con Ortega empezó una racha en la que con su insistencia y terquedad características repite incansablemente el mismo tópico de la "Kultura con K mayúscula", con todas las frases que acuñaba para expresar sus actitudes polémicas. Estos artículos escritos durante varios años en la

preña no han sido recogidos en sus obras completas, y no es posible ni necesario citarlos.

En cambio, Ortega trató de ser reservado, circunspecto y hasta conciliatorio, y durante más de un año no contestó a los ataques de Unamuno. Así, en un artículo publicado en la revista *Faro* el 20 de setiembre de 1908, dijo:

“Hoy mismo —quiero cuanto antes quitarme este peso— he publicado unos párrafos en *El Imparcial* acerca del último discurso de Unamuno. Creía haber compuesto en ellos una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el rector de Salamanca. No podía hacer yo otra cosa cuando las ideas políticas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruin lancilla moderna de mi pluma. Sin embargo, algunas personas han querido ver en aquellos párrafos no sé qué invectiva contra el gran publicista que pretendían honrar y aplaudir... Unamuno, el político, el campeador, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambientes. A él sólo parece encomendada por una divinidad sórdida la labor luciferina —*Aufklärung*— que en el siglo XVIII realizaron para Alemania un Lessing, un Klopstock, un Amman, un Jacobi, un Herder, un Mendelssohn. Y aunque no esté conforme con su método, soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabamiento peninsular, martillando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtíberas... El espíritu de Unamuno es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa junto a algunas sustancias de oro, muchas otras cosas inútiles y malsanas”.

Esta larga cita muestra la actitud razonada y política que Ortega quiso mantener después del fracaso de su entrevista con Unamuno, usando el procedimiento de una de cal y otra de arena y dejando la puerta abierta a una imposible reconciliación. Unos meses después, en abril de 1909, en un artículo sobre Renan, vuelve Ortega a hablar de Unamuno, y allí dice con más claridad algunas de las diferencias de ideas y de método que les separan. Son éstas:

“Los que aplican promiscuamente tal palabra (genialidad) a Newton y a Santa Teresa cometen, a mi modo de ver, un pecado de lesa

humanidad... Si para la historia del planeta Tierra valen lo mismo las *Moradas* que los *Philosophiae naturalis principia mathematica*, será que el mencionado planeta marcha en pos de lo absurdo”.

“Un síntoma extremo de achabacamiento puede descubrirse en el afán de sinceridad que ahora sentimos todos; es una moda que se nos ha impuesto, a cuyo éxito no ha contribuido poco D. Miguel de Unamuno, morabito máximo que entre las piedras reverberantes de Salamanca inicia a una tórrida juventud en el energumenismo... No, no seamos sinceros, ni espontáneos, ni románticos... Los románticos nos retrotraen a la inocencia originaria y edénica, y como Federico Schlegel en su *Lucinda* nos ofrecen el elogio de la Insolencia o de la Pereza... o como el señor Unamuno nos invitan a la africanización de España”.

Pero Unamuno que, como él decía, llevaba un zorro dentro y a su modo pasional era también político, continuó impertérrito su campaña contra la Kultura, Europa y el germanismo, es decir, contra el programa de Ortega, aunque sin nombrarle. Y como Unamuno, para quien no había diferencia entre lo público y lo privado, utilizaba, para dar a sus ideas la fuerza de la repetición, no sólo sus innumerables artículos periodísticos, sino sus cartas más numerosas aún, y el eterno monólogo que era su conversación, un día una de sus cartas privadas dirigida a Azorín fue publicada por éste en el *A B C*, y Ortega no tuvo más remedio que darse por aludido y contestar a los ataques de Unamuno en forma que equivalía a una ruptura pública. Este artículo, titulado “Unamuno y Europa, Fábula”, apareció en *El Imparcial*, el 27 de setiembre de 1909, hizo mucho ruido y puede leerse en las *Obras completas*. Hay en él palabras fuertes, como “filosofía soez”, “usos jaquescos”, “romper las reglas de la buena educación”. “D. Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad. Y no es la primera vez que hemos pensado si el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea entre ellas”.

Las diferencias son las dos mismas señaladas antes y están en los párrafos que copio:

“Cierto que el señor Unamuno me alude en esta carta: habla de «los papanatas» que están bajo la fascinación de «esos europeos». Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente uno de esos papanatas;

apenas si he escrito para el público una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España”.

“¿A qué, pues, contestar la carta del rector de Salamanca? ¿Qué dice en ella, al fin y al cabo? “Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”... ¿Qué otra cosa es sino preferir a Descartes, el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática? Lo único triste del caso es que a D. Miguel, el energúmeno, le consta que sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y nada veríamos, y menos que nada el pardo sayal de Juan de Yepes”.

“Pero el señor Unamuno no es hombre que se ande en medias tintas: como Juan de Yepes es superior a Descartes, es, en no pocas otras cosas, superior España a Europa”.

Pero todavía termina el artículo diciendo:

“Y, sin embargo, un gran dolor nos sobrecoge ante los yerros de tan fuerte máquina espiritual, una melancolía honda... Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor”.

Después Ortega no vuelve a escribir sobre Unamuno, salvo alguna alusión sin importancia, hasta el artículo que le dedicó con motivo de su muerte en 1936, en el que dice algo de la relación personal que volvieron a tener en los años de la República: La amistad de Ortega y Unamuno fue un hecho importante y decisivo en la juventud de Ortega y para penetrar más a fondo en las causas de la incompatibilidad entre los dos hombres que han tenido mayor influencia en la España moderna, voy a acudir a datos más íntimos contenidos en la correspondencia privada que tuve con ambos. Como cada uno sabía la amistad que me unía con el otro, a veces se comunicaban a través de mí, sobre todo después de su ruptura en 1909. Como yo estuve mucho más tiempo en Madrid esos años al lado de Ortega, son menos las cartas de éste que las de Unamuno.

Ortega se refiere a Unamuno en carta del 27 de setiembre de 1912, tres años después de su ruptura:

“Sí, di en Vitoria con Unamuno. Charlamos seis horas seguidas. Las dos primeras estuvo a la defensiva previendo alguna abrupción de mi parte. Mas al notar que yo no pretendo morder a las gentes y que, además, soy cuando menos el segundo en reconocer aquellos defectos míos que lo son, fue el hombre entrando en cordialidad hasta

el punto de que si no yerro se llevó de mí muy grata impresión. Le encuentro débil, blando, entregado, sobre todo con poca actividad ideológica, a provincianado. Anteayer me envió un artículo suyo”.

Las cartas de Unamuno dan más luz para entender las fases de su amistad y las causas hondas de su incompatibilidad. En una carta del 12 de diciembre de 1910 hay un párrafo dedicado a Ortega, por el que se ve que no se escribían. Acababa de ganar Ortega su cátedra de metafísica en la Universidad de Madrid, y me encarga que le dé la enhorabuena en su nombre. Dice así:

“A Pepe Ortega dale la enhorabuena y dile que si no le escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño, le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía, e infundirles la suprema ilusión”.

Después de todo lo que sabemos, se verá que cada palabra de este párrafo quiere decir más de lo que dice.

En otra carta del 18 de enero de 1913 hay un ataque a Hermann Cohen, el maestro de Ortega en Marburgo, y al idealismo neokantiano, que era por entonces la filosofía de Ortega, a quien no menciona:

“Me acaba de irritar mi reciente lectura de obras del monstruoso saduceo de Marburgo, Cohen. Ese idealismo, ese poner la idea sobre el hombre, y el hombre-idea sobre el hombre de carne y hueso, subleva mis entrañas. Es cosa de sentimiento y no podemos consentirnos, aunque nos entendamos y estimemos. Si el hombre individual y concreto, si yo, pierdo mi conciencia de mí mismo al morir, si de aquí a cien, a mil, a un millón de siglos, siempre, no me acuerdo de ti, de Salamanca, de cuanto he vivido, me importa nada todo lo demás. No siento más que la inmortalidad del alma al modo popular católico. La ciencia me da miedo y tristeza. Es decir, me da miedo y tristeza la verdad”.

No sé lo que yo le escribí, contestando a la carta anterior; pero pocos días después, el 28 de enero de 1913 me escribe insistiendo sobre el mismo tema:

“Sí, acaso tengas razón en todo lo que dices, pero es que la razón no sólo no me basta sino que me atormenta. No consiento más que dos posiciones, la del cristiano positivo (católico, protestante, etc.) y aun mahometano, que cree a pies juntillas en la otra vida como

continuación de ésta, o la del incrédulo que sufre y se desespera por dentro y es pesimista. Y es esa desolación y rabia interior la que me lleva a mis campañas todas, sean de saneamiento moral, sean de agitación agraria. Y por eso dejo que me llamen reaccionario los unos, anarquista los otros, y loco no pocos. Y creo que para nuestro pueblo no es remedio la Kultura. Pero esto es largo”.

En esa carta sale la Kultura con K mayúscula, que él atribuía a Ortega. Cuando éste inició su actuación política con su conferencia en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914 y la fundación de la Liga de Educación Política, sin duda yo escribí a Unamuno invitándole en nombre de Ortega a participar en ella, y en la revista *España*, que Ortega iba a fundar. Y me contesta el 6 de mayo, en forma, como se verá, recelosa y ambigua:

“De la Liga de Educación Política sé poco. Sólo temo, como te dije, que se duerma en la suerte de la propedéutica y que en la pregunta de «¿qué se debe hacer?» no haya nada. En los casos de urgencia —y el de España es uno— el cirujano no debe perder tiempo en inquisiciones complicadas y largas, sino hacer una hipótesis y operar conforme a ella. También vi lo de la revista popular. Desde luego, si se cree que yo puedo ayudar en algo, aquí estoy. Son más las cosas que me unen con el espíritu de esa Liga que las que pueden separarme de ella. (Y no sé cuáles sean éstas, pues tal vez me equivoque respecto a lo que sea). Ayudaré, pues, en lo que me permitan mis trabajos obligados”.

Y más adelante, al fin de la carta, ya nombrando a Ortega expresamente:

“A Ortega y Gasset que formule cuanto antes una hipótesis —naturalmente, provisoria siempre y siempre modificable— y recete en concreto sin esperar el resultado de inquisiciones problemáticas. Una vista clara que recorre lo que a uno le rodea vale muchas veces más que cien estadísticas y el buen músico no necesita saber acústica ni matemáticas para templar la lira y distinguir una disonancia”.

Hubo otro momento en el que Ortega se dirigió personalmente a Unamuno y fue al ser éste destituido del cargo de Rector de la Universidad de Salamanca. Con este motivo me escribió una carta el 3 de agosto de 1914 en la que, entre otras cosas referentes a su destitución, me decía:

“De las muchas cartas que he recibido hay dos que me han con-

fortado y animado mucho, la de D. Paco Giner y la de Pepe Ortega (ésta generosísima y muy noble). Y he aceptado las ofertas de éste”.

Todo fue inútil. Había entre los dos demasiadas semejanzas para que pudieran estar cerca sin hacerse sombra. Por eso creo que les separaron más las semejanzas que las diferencias, pues éstas no fueron obstáculo para que Ortega desde su juventud tuviera siempre muchos amigos y colaboradores. Veamos algo de cómo empezaron en su juventud estas relaciones, que luego iban a extenderse enormemente cuando desde 1914 empezó a desarrollar en grande sus varias actividades públicas, como escritor, como político y como hombre de acción.

Desde su primera juventud tuvo una amistad, que él llamaba fraternal, con Ramiro de Maeztu, que fue interrumpida después de su viaje a Alemania porque Maeztu se quedó viviendo en el extranjero por muchos años. Continuó su amistad íntima con los Maeztus que estaban en España, Gustavo, el pintor y, sobre todo, María, que vino de Bilbao a Madrid para ser directora de la Residencia de señoritas desde que se fundó. Otra amistad de aquella época, la de Pío Baroja, continuó sin interrupción toda la vida. Sería difícil concebir un hombre más distinto de Ortega que Baroja, hombre hosco y solitario que no se llevaba bien con nadie y menos que con nadie con Unamuno, y, sin embargo, Ortega y él se buscaban para gozar mutuamente de su conversación inagotable y desinteresada paseando sin objeto por las calles y más adelante en la redacción de *España*. Otros amigos antiguos por los que tuvo siempre predilección en el terreno íntimo fueron hombres del mundo intelectual que poseían cualidades más modestas, entre ellas el talento unido a la bondad y la simpatía personal, tales como Francisco Alcántara, crítico de arte de *El Imparcial*, y Luis Bello, que publicó algunas revistas como *Europa* y la *Revista de Libros* en las que Ortega colaboró.

Ortega no era hombre de café ni de tertulia (hasta que fundó la suya en la *Revista de Occidente* muchos años después). En aquellos años de su juventud, desde 1908 a 1914, no se sumó a ninguno de los grupos y centros de reunión que había entonces, aunque los visitase ocasionalmente. Su centro era su casa, un piso modesto de la calle de Zurbano, en el barrio de Chamberí, donde vivía con su apacible, fina y santa esposa Rosa Spottorno y sus hijos, y libre de cuidados, podía consagrarse enteramente a su trabajo intelectual. Siguió

manteniendo las relaciones familiares y sociales anteriores en la medida en que fueran compatibles con la concentración en sus estudios y su producción escrita, que aumenta considerablemente a partir de 1908 y da como resultado los libros que empieza a publicar desde 1914. Entretanto han ido aumentando sus amistades nuevas, y su vida exterior no era tan quieta como acabo de decir. El 2 de octubre de 1910 me escribía: "Estoy tan atareado que no puedo escribir a V. más largo", y el 4 de noviembre: "No he podido escribir a V. antes porque he estado de oposiciones. Las de V. están convocadas, según creo, para el 15 de este mes". En efecto, en aquella fecha empezó otra de sus actividades, la profesoral como catedrático de metafísica, en la vacante que dejó don Nicolás Salmerón. Ya antes era profesor en el Museo Pedagógico, pero ahora aumentó la zona de su influencia poniéndole en contacto con varias generaciones de jóvenes que fueron luego sus discípulos. Su enseñanza en la Universidad no empezó aquel año, porque el 3 de enero de 1911 me escribía: "Yo salgo el lunes para Marburgo; ya le enviaré mis señas". Este viaje fue más corto que el anterior, pues regresó a Madrid para empezar su primer curso en la Universidad el 1º de octubre de 1911.

Asistí a este curso como estudiante, a pesar de que ya era catedrático, cosa que no tenía nada de particular en aquella ocasión porque yo era el más insignificante entre las cuarenta o cincuenta personas que asistieron al curso. No recuerdo a todos, pero desde luego el más importante era don Francisco Giner de los Ríos, con su barba blanca venerable, sentado allí día tras día como un párvulo. Sin citar nombres, diré que allí estaban personas de los campos más diversos y entre ellas se destacaban algunas de las más ilustres de España en la ciencia: físicos, biólogos, juristas, historiadores y filólogos. Podría decir mucho de aquel curso, del que conservo las notas que tomé. Me limitaré ahora a decir que trató de la teoría de las ideas, a base de la lectura y comentario de un diálogo de Platón, el *Theaetetus*, y de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Aparte de la innata maestría del joven Ortega, es de la más alta significación para entender la calidad de su persona, más que de su saber, este hecho de que hombres viejos y jóvenes, que cada uno en su disciplina eran superiores a él, reconociesen la superioridad de Ortega desde el mismo momento en que éste empezaba a darse a conocer. Había en ello algo así como un culto al joven brillante que traía la buena nueva de la filosofía y

la cultura europeas bebidas en sus mismas fuentes, algo que, si era europeo en el contenido, era todo lo contrario de lo europeo en la actitud de fondo casi religioso que nos unía en torno a él, algo como lo que Ortega señalaba en Unamuno cuando le llamaba morabito, a pesar de que sabía bien que era el hombre de aquel tiempo que poseía mayor cultura europea antigua y moderna. Otro morabito superviviente de la generación anterior era don Francisco Giner, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, con su iglesia y sus dogmas; como lo habían sido antes don Julián Sanz del Río, el introductor del krausismo, otra religión, y don Nicolás Salmerón, predecesor de Ortega en la cátedra, moro de Almería que no necesitó escribir para ser tenido por un gran filósofo, y como lo fue después don Joaquín Costa, almogávar de Aragón y profeta de la europeización de España. Lo que eran todos estos grandes hombres, era españoles, y Ortega, para su honra, tanto como el que más.

Pero dejando esto, que requeriría un estudio total de la personalidad de Ortega tal como se manifiesta en su obra posterior, quiero solamente decir algo de su vida en esos años poco conocidos a causa de la escasez de su producción. Ésta se limitó por entonces a los artículos que siguió publicando en mayor abundancia y variedad de temas entre 1908 y 1911, sobre todo en *El Imparcial* y algunos en las revistas *Faro* y *Europa*. Los reunidos en sus obras completas son 10 en 1908, 4 en 1909, 14 en 1910 y 9 en 1911. Luego bajan a 3 en 1912, 1 en 1913, y ninguno en 1914. Esta sencilla estadística nos hace ver cómo desde 1912 su creación se va orientando hacia la producción de los libros que empezará a publicar desde 1914 y que significan el principio de su madurez.

El centro de su vida en esos años era su casa, sus libros y su trabajo, salvo algunos viajes cortos por tierra de España, de esos de andar y ver, entre los que recuerdo uno que hicimos juntos a Sigüenza, vieja ciudad que visitó otras veces y sobre la que escribió. El círculo de sus relaciones aumentó considerablemente, porque a las antiguas, a las que siempre fue fiel, añadió otras nuevas, que vinieron a ocupar el primer plano de su interés. Le fue fácil entrar en este nuevo mundo más amplio, porque por aquel entonces la vida intelectual de España se había organizado por primera vez gracias a la Junta para Ampliación de Estudios y los centros e instituciones que ella fundó. Toda esta gran obra inspirada en ideas de la Institución Libre de Enseñanza, que había sido antes

y siguió siendo un organismo cerrado, abierto sólo a los iniciados. Ortega, que nunca fue un institucionista, mantuvo siempre relaciones amistosas con las personas de la Institución, de don Francisco Giner para abajo, quienes vieron en él el maestro indiscutido de la nueva generación. Tampoco perteneció Ortega a la Junta ni a ninguno de sus centros de investigación y de enseñanza; pero en todos ellos era mirado como maestro y prestó a las personas que en ellos trabajaban su constante consejo y colaboración. Nadie como Ortega podía hablar a todos los científicos, como filósofo, por ser la filosofía la ciencia de las ciencias, y como político, que veía en la organización de la cultura la fuerza principal para la creación de una nueva España. Les daba lo que ellos no tenían y no vacilaron en reconocerle como maestro.

Trabajaba en su casa y a la tarde solía aparecer por el Centro de Estudios Históricos, donde trabajaban Menéndez Pidal, Hinojosa, Gómez Moreno, Asín, Ribera y sus jóvenes discípulos. Hablaba con todos, midiendo siempre las distancias; pero la verdadera amistad en el sentido personal la guardaba para unos pocos, que trataré de recordar. Entre las personas a quienes quiso y apreció de veras están Ángel Sánchez Rivero, cuya muerte temprana cortó su carrera de originalísimo escritor apenas comenzada; Manuel García Morente, que se reincorporaba a España después de una educación en Francia y Alemania, y que fue su constante colaborador en el campo de la filosofía; Fernando Vela, a quien conocí en Oviedo como empleado de Aduanas y que se trasladó a Madrid para conocer a Ortega y luego colaboró con él en toda su obra posterior; José Moreno Villa, que volvía de Alemania a donde fue a estudiar ciencia y negocios y en Madrid se dedicó a investigador de arte en el Centro Histórico y a poeta, para cuyo primer libro de poesía escribió Ortega un prólogo tan largo como el libro; Alberto Jiménez Fraud, que había venido de Málaga, traído por don Francisco Giner, para dirigir la labor, más delicada que ninguna otra desde el punto de vista institucionista, de dirigir la educación de los jóvenes en la recién creada Residencia de Estudiantes.

Podría citar otros, pero los nombrados son los más representativos. Quiero decir algo más del último, porque la Residencia de Estudiantes, que él dirigía, fue uno de los centros cotidianos de la vida de Ortega por entonces. Cuando salíamos del Centro Histórico al atardecer, solíamos pasear por Recoletos y la calle de Génova y de Almagro hasta llegar a la primitiva Residencia, donde encontrábamos a Alberto Jiménez

nez, y hablando en el jardín se hacían los planes para los trabajos que la Residencia desarrolló. Entre aquellos pocos residentes, que no eran más de doce o catorce, había uno que no era estudiante, Juan Ramón Jiménez, a quien se le dio un cuarto donde vivió hasta que salió para casarse en Nueva York en 1916. Llegaban por allí otras personas interesadas en la obra de la Junta para ampliación de estudios y se sumaban a la conversación general en torno a Ortega. Aquellos proyectos se tradujeron en la organización de algunos cursos fundamentales para los residentes dados al principio por Negrín y Artigas. Se organizó también una serie de conferencias, que tenían la ventaja de que algunos conferenciantes de fuera vivieran en la Residencia con los estudiantes, como por ejemplo Unamuno, que siempre que venía a Madrid se alojaba allí. Algunas de aquellas conferencias se publicaron en libro, como una de Eugenio d'Ors, otra de Luis de Zulueta y una mía, titulada *Disciplina y rebeldía*. Con ellas se iniciaron bajo la dirección espiritual de Ortega y la tipográfica de Juan Ramón, las publicaciones de la Residencia, que significaron la afirmación de ciertos valores supremos españoles, al publicar la primera obra de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, y recoger por primera vez los *Ensayos* de Unamuno y las *Poesías completas* de Antonio Machado.

Esta base, un poco subterránea de la vida de Ortega, se ensanchó enormemente a partir de 1914, cuando fundó sus centros propios de acción pública, como la Liga de Educación Política y la revista *España*, donde reunió a los amigos privados de las varias fases anteriores de su pasado, con los nuevos amigos, discípulos y colaboradores que cada día se le sumaban. Pero todo esto, que es bien conocido y que vino a culminar muchos años más tarde en la *Revista de Occidente*, significa el fin de la juventud de Ortega.

Desde entonces su figura adquirió gradualmente las dimensiones, españolas, americanas con su primer viaje a Buenos Aires en 1916, y universales mediante la traducción de sus obras a las lenguas europeas, que no han sido igualadas por ningún autor español moderno. Dejemos todo esto para otros, y veamos solamente, para terminar, cómo se cerró el episodio fundamental de su juventud, que fueron sus relaciones con el otro hombre máximo, español, americano y universal, que fue don Miguel de Unamuno.

Desarrollaron ambos sus actividades paralelamente sin tener apenas contacto hasta que Unamuno regresó de su largo destierro y se encon-

traron juntos en la República a la que ellos, como todo el país, habían llegado por diversos caminos y procedimientos. Cuando Unamuno oía decir a los republicanos que habían traído la República, él solía decir: No, la República nos trajo a nosotros. Por aquel tiempo Unamuno reanudó la amistad con Ortega y hasta iba a su tertulia de la *Revista de Occidente*. Ortega escribió que habían reanudado la amistad por razones que honraban a los dos y que algún día diría. Pero se murió sin decirlas.

Entre tanto llegó la muerte de Unamuno el 30 de diciembre de 1936, en Salamanca, debatiéndose él solo entre las dos Españas que luchaban dentro de su alma, como en toda la triste y espaciosa España. Se ha hablado mucho de la causa de la muerte de Unamuno. Para mí no hay duda de que murió porque tuvo que vivir tres meses callado. Murió de repente, sin darse cuenta de ello, mientras discutía con un falangista que vino a verle. En la última poesía de su *Diario*, escrita dos días antes, habla de la muerte y se encara con ella "escudriñando el implacable ceño — cielo desierto — del eterno dueño"... Murió de pie, como los toros, cara a cara con la muerte.

Ortega estaba fuera de España, en París, donde sufrió una grave enfermedad, y escribió un artículo sobre la muerte de Unamuno. En él dijo poco más o menos estas palabras, que muestran la grandeza de su alma y la hondura de la crisis que estaba sufriendo. "Hizo bien en morirse. Se puso a la cabeza de 200.000 españoles, que sufrieron el mismo destino. En este momento de España, siente uno una extraña vergüenza de estar vivo". Su único consuelo era lo poco que le había faltado a él para morir.

Para mí no hay duda de que aunque vivió después muchos años, entonces empezó a morirse. Y cuando le llegó la hora no supo que se moría y le preguntaba a su esposa: "Rosita, oriéntame, a ver si puedo darme cuenta de lo que me pasa". El que tuvo tal clarividencia para crear teorías sobre todos los problemas generales, no podía entender este hecho concreto tan sencillo como morirse.

Esperemos que ahora los dos hayan llegado a entenderse en su unidad profunda, y que nosotros, los españoles que aún estaremos por más o menos tiempo en esta vida, lleguemos a entender a los dos y a través de ellos la unidad profunda de nuestra España.

FEDERICO DE ONIS

Leída en el Colegio Libre, el 12 de junio de 1957.

La pedagogía de Ortega y Gasset

por JUAN MANTOVANI

I. INTRODUCCIÓN

Así como en toda visión del mundo hay un núcleo de contenidos pedagógicos, implícito o explícito, del mismo modo en todo ideal pedagógico hay una visión del mundo, consciente o inconsciente. Pero esto no significa que cada filósofo configure un sistema pedagógico, ni que cada pedagogo exponga metódicamente la teoría filosófica que le sirve de fundamento. Lo primero ocurrió con Herbart, quien formuló una pedagogía apoyada en una ciencia de la realidad, la psicología, y en una ciencia normativa, la ética; más cercano a nosotros, Natorp dijo que la "pedagogía general es sólo filosofía concreta"; y Dilthey, por su parte, creyó que la última palabra del filósofo es la pedagogía, pues toda especulación debe servir para la acción. "Floración y finalidad de toda verdadera filosofía —ha dicho— es pedagogía en su sentido más amplio: teoría de la formación del hombre". Con Dewey se da el caso de un filósofo y pedagogo a la vez, que expresa: "Si queremos concebir la educación como el proceso de formación de las disposiciones fundamentales, intelectuales y emotivas, hacia la naturaleza y hacia los hombres, la filosofía puede incluso llegar a definirse como la *teoría general de la educación*". La suerte de la pedagogía ha estado siempre estrechamente ligada a la filosofía. Alguna vez se separaron, pero el hecho fue más aparente que real. Las ideas filosóficas desempeñaron un papel muy importante en el desarrollo científico de la educación.

Un filósofo de la talla y del pensamiento completo de Ortega y Gasset no podía sustraerse a la meditación de problemas pedagógicos, mucho más si el centro de sus preocupaciones lo constituían el hombre y la vida. Su visión filosófica, su interés por las cuestiones de España en relación con Europa, y el acercamiento constante que mantenía con

las vidas jóvenes, lo situaron en una fervorosa actividad pedagógica, en una permanente actitud de educador. Su contribución, desde el punto de vista pedagógico, es de doble vertiente: escrita, una; vivida, la otra. Ambas están sostenidas por íntima unidad.

Ortega ha expresado ideas claras y categóricas en materia de educación. Nos proponemos condensar y delimitar su doctrina de este tipo, inseparable de su filosofía, y que aparece diluida a veces, otras con trazo firme y relieve sorprendente, en la densa trama de su pensamiento: el hombre, la vida, la razón vital, el espíritu, los valores, los ideales, etc. Estos problemas, que fueron la preocupación constante y renovada de Ortega, constituyen la raíz y dan el sentido a su teoría pedagógica. Si bien no tuvo una pedagogía sistemática, elaboró en cambio un riguroso pensamiento acerca de la educación. Extraer de sus obras ese pensamiento, en gran parte implícito, no es tarea difícil, pues él mismo nos allanó el camino en algunos ensayos deliberadamente pedagógicos desde el comienzo de la que sería su copiosa producción intelectual.

Esta trayectoria pedagógica tiene tres momentos francamente delineados: el primero fue cuando, a los veintisiete años, expuso reflexiones sobre la materia en la conferencia leída en la Sociedad "El Sitio", de Bilbao, el 12 de marzo de 1910, bajo el título de *La pedagogía social como programa político*. Segundo, cuando en 1920 publica un extenso y agudo ensayo, *Biología y pedagogía* (aparecido en *El Espectador*, III); en él revela, en una nueva actitud, su apasionado interés por el problema educativo: exaltación de los valores vitales y revaloración de la vida infantil. El tercero de estos momentos ocurre cuando, en 1930, aparece uno de los trabajos más vigorosos de su doctrina pedagógica, *Misión de la Universidad*; lleva implícita una visión general del problema educativo y una idea personal de la Universidad, que si bien no logró todo el desarrollo que él se propuso y anunció, tuvo, en cambio, notable influencia en muchas partes del mundo.

II. PEDAGOGÍA SOCIAL Y POLÍTICA

Ortega, que debió la primera parte de su formación a su patria, y la segunda a Alemania, donde vivió en la rigurosa atmósfera del idealismo neokantiano de Marburgo, vuelve preparado para ver la realidad de España y la distancia que separa lo que es esa realidad de lo que *debe ser*. Corrían por entonces días críticos y angustiosos —eran los

que subsiguieron a 1898—; eran días en que pensadores como Joaquín Costa se empeñaban en promover la “regeneración nacional”. Ortega ve tal regeneración en la “europeización” de España, actitud que combatiera entonces Unamuno mediante su tesis opuesta de “hispanizar a Europa”. Ortega hace de esta empresa de salvación de España por medio de una incorporación a la cultura europea la razón de ser de su propia vida. Es decir, funda un movimiento de pedagogía social y política. En oposición a los hombres del 98, que frente a una España vencida por el desastre hundían la mirada en la lejanía de una España honda y legendaria, Ortega encuentra, a la real y palpable, débil por falta de cultura y cree que lo que necesita es una intensa tarea de educación. Así lo expresaría en 1908: “Nuestra labor consiste precisamente en labrarnos una nueva espontaneidad, un yo contemporáneo, una conciencia actual. *En otras palabras, tenemos que educarnos.* Y la educación no es obra de espontaneidad, sino de lo contrario, de reflexión y de tutela”. Y agrega en seguida: “El problema español es un problema educativo; pero éste a su vez, es un problema de ciencias superiores, de alta cultura. El verdadero nacionalismo, en lugar de aferrarse a lo espontáneo y castizo, procura nacionalizar lo europeo”¹. Cree que decir “Europa” es, ante todo, una incitación a la respetuosidad, una fuga del aislamiento y la agresividad, porque Europa, precisamente, es una comunidad intelectual cuya manera de vivir es la colaboración. En ese mismo año de 1910 dice: “Una verdadera colaboración es posible cuando se ha formado en el ambiente moral e intelectual de un pueblo un sistema de opiniones serias, veraces, impersonales y relativamente profundas. La unidad de la labor a cumplir que une a los colaboradores es, en realidad, la unidad del punto de vista. Así parecerá explicado el hecho de que en España tropecemos raramente con casos de colaboración”². Europa es, para Ortega, el método de liberación de España, de purificación de todo exotismo para dar nacimiento a lo propio, de negación de sus males, como el monoideísmo de sus usos intelectuales; es afirmación de sus bienes, tales como el de enriquecer la conciencia nacional ofreciéndole una fecunda diversidad de motivos culturales. En la búsqueda de España por medio de su europeización, Ortega joven se pro-

¹ J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Tomo I. Artículo publicado en *El Imparcial*, Madrid, 21 de febrero de 1908.

² J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Tomo I. Artículo publicado en *El Imparcial*, Madrid, 27 de abril de 1910.

pone dotarla de ciencia moderna, labor céntral de cuyo seno podrá algún día no lejano brotar la nueva España; y también impulsar la creación de bibliotecas bien nutridas, capaces de abrir la mente a las corrientes culturales de fuera. En aquellos mismos años ya declaraba la necesidad de reformar a España por medio de la educación sin que se demorase una "magna acción pedagógica —dice— que restaure los últimos tejidos espirituales de nuestra raza". En 1930 se lamenta, con insistencia, de que el influjo del gran siglo educador, el XVIII, se hubiera perdido sin dejar huella en España. Ausencia que habría que deplorar profundamente, ya que no podría ser reemplazado por el del siglo XIX, pese a su gran suma de saber y perfeccionamiento técnico y administrativo. "Este ha sido —dice— el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible"³

Ante esta falta, piensa Ortega, el camino de su patria no puede ser otro que el de la cultura y la educación, convertidas para él en la panacea de los grandes males nacionales y que quisiera fueran el objeto de la pasión del pueblo, impulsándolo a salir de su estrechez espiritual y de su marasmo. En esta empresa, junto al papel rector de la ciencia en la vida de los pueblos, propugna un nuevo sentido de la educación que no se limite a la adquisición del saber y a un mero estímulo de la inteligencia, sino que sea una disciplina de la voluntad, para hacer de los hombres factores decisivos y poderosos de la acción. Es amplio su concepto de la educación y se fue vigorizando cada vez más con el progreso de sus reflexiones.

La primera formulación metódica aparece expuesta en su ya citada conferencia de Bilbao, de 1910, que forma parte del volumen *Personas, obras, cosas*, de 1916⁴. En ella sigue al filósofo de Marburgo, Paul Natorp, y sus grandes concepciones pedagógicas; pero el contenido de su exposición está saturado de fuerza vital y de acento español. Su punto de partida era el profundo pesimismo que lo embargaba ante la realidad española, la gravitación de tres siglos de error y dolor que hacían de la amargura el abono de las futuras fecundaciones en la labor común. Sobre esa base y con ese espíritu había que transformar a España. "La amargura —dice— nos devuelve la realidad de nuestra tierra convertida en problema, en tarea". Es el trabajo de los hombres de esperanzas

³ *Op. cit.*, Tomo II, *El Espectador* VIII. (El siglo XVIII, educador).

⁴ *Op. cit.*, Tomo I, "La Pedagogía social como programa político".

para el que se proponen dos especies de patriotismo: inactivo y espectacular el uno, dedicado a la fruición de lo existente; dinámico y fecundo el otro. El uno hace la patria, la propia tierra; el otro, la de los hijos. España era, en consecuencia y ante todo, un problema político, una tarea de transformación de la realidad social. Pero la empresa de transformar no es sólo política, sino también educativa. Recuerda Ortega que los latinos llamaban *eductio*, *educatio*, a la acción de sacar una cosa de otra, de convertir una cosa menos buena en otra mejor, o sea, a una tarea de perfeccionamiento, al tránsito de lo que *es* a lo que *debe ser*. En el concepto de la educación que profesaba entonces está patente la influencia de la filosofía idealista de Marburgo. Éstas son sus palabras: "Por la educación obtendremos de un individuo un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas. Nativamente aquel individuo no era bondadoso, ni sabio, ni enérgico: mas ante los ojos de su maestro flotaba la imagen vigorosa de un tipo superior de humana criatura, y empleando la técnica pedagógica ha conseguido inyectar este hombre ideal en el aparato nervioso de aquel hombre de carne. ¡Tal es la divina operación educativa merced a la cual, el verbo, se hace carne!" Se explica que en una tesis de este alcance, en la que la educación se proponía modificar el carácter integral del hombre, el ideal educativo constituía el problema fundamental de la ciencia pedagógica. Ortega seguía la dirección de sus maestros, los neokantianos, quienes trataban con formas más que con realidades; con pensamientos, y no con objetos. Investigaron, no tanto el orden temporal de los fenómenos, sino la unidad del conocimiento y las condiciones del pensar. El pensamiento asumía así, en esta filosofía, un carácter activo: resultaba creador de los objetos. Por otra parte el fundamento creador de la acción no era la experiencia, sino la legalidad ideal, atemporal. La realidad es válida en cuanto está sometida a la *idea*, al principio de la normatividad. Paralelamente con la concepción general filosófica, la educación, para el idealismo de Marburgo, carece de validez si no se dirige o refiere al hombre total, y éste, esencialmente, no es experiencia, ser empírico, finito, sino *deber ser*. La educación, para Natorp, es cultura y ésta implica voluntad de lo que ha de ser cultivado y de la actividad educadora. La educación alcanza real influencia si dirige la voluntad del educando hacia el fin determinado. En consecuencia, educar es elevar al hombre natural hasta el reino de la idea, hacer actuar en la persona armónicamente la unidad del espíritu; es realizar

la idea, salir de la realidad, sobrepasar lo que se *es* para alcanzar el *deber ser*. Educar significa formar, dar a algo o a alguien su perfección propia; y *perfecto* —dice Natorp— *es lo que es como debe ser*⁵.

Bajo esta influencia Ortega ve a España como un problema político y pedagógico a la vez, y medita la pedagogía en su doble determinación: la del ideal del hombre, que constituye el fin de la educación, y la de la técnica educativa, que provee los medios para la acción. Sin apartarse de la línea de Natorp, pero renunciando a su esquematismo formalista, acentúa el contenido y la dirección social de la educación, tan olvidados por los pedagogos del individualismo. El hombre, como tal, no es el individuo de la especie biológica, sino un individuo de la humanidad que participa de objetos ideales, tales como la ciencia, la moral y el arte. Dentro de cada individuo hay, para Ortega, dos hombres en perpetua lucha: uno, irreductible a normas, movido por el impulso voluntario de su ser biológico; y otro, capaz de buscar con el pensamiento ideas rectoras. Sin que desaparezca del todo ninguno de los dos, el hombre se expresa por lo "humano", por el espíritu que suaviza, orienta y dignifica el ser natural. Por ello Ortega advierte que al entrar el educador en relación con el discípulo se encuentra frente a un tejido social, urdido con esencias de la familia y de sus domésticas tradiciones y todo el acervo de ideas, aspiraciones y sentimientos del hogar, sumado a la influencia de la calle, el barrio y la ciudad sobre los que pesan las leyes del Estado y el alma de la Nación, junto con la memoria del pasado y los ideales que miran el futuro. Ortega no olvida, en esta tradición social de la pedagogía, dos nombres imprescindibles: Platón, que partía del supuesto de que hay que educar a la ciudad para educar al individuo, en concordancia con el ambiente histórico de la antigua Grecia, donde la *polis* era una fuerza educadora y la *paideia* el espíritu objetivo en cuyo seno se formaba el hombre griego; y Pestalozzi, que renueva esa concepción social de la educación asignando a la escuela sólo una parte de la misma: la casa y la plaza eran, para él, los verdaderos ambientes educadores. Entre los contemporáneos, Ortega cita a Paul Natorp, para quien el concepto de la pedagogía social significa el reconocimiento de que la educación está socialmente condicionada en todas sus direcciones esenciales. Ve en la pedagogía la ciencia de la transformación de la so-

⁵ Cfr. P. Natorp, *Curso de Pedagogía*, Ediciones de La Lectura, Madrid, 1915.

ciudad, y dice: "Antes llamamos a esto política: he aquí pues, que la política se ha hecho para nosotros pedagogía social y el problema español un problema pedagógico". El concepto contemporáneo de la educación de la comunidad, en virtud del cual la educación de ésta supone la del individuo, tiene raíces antiguas y actuales entre las que puede señalarse la primera etapa del pensamiento pedagógico orteguiano.

Para la eficiente transformación de España, Ortega anhela educar al hombre en la tradición cultural —perdida en su patria, asegura, lo que equivale a la pérdida del interés por las cosas que hacen al hombre—. A ello se debe su reclamo en pro de una educación del trabajo, que sea a la vez, siguiendo a Pestalozzi, educación *para* el trabajo y educación *por* el trabajo. Al convertir el trabajo en fin y medio de la educación se afilia anticipadamente al núcleo de los promotores de la educación activa en nuestro siglo, pero avanza más: no propugna tanto el trabajo individual, sino la comunidad del trabajo, que no ha de ser puramente exterior, sino esencialmente interna, resuelta en comunión de los espíritus, colaboración y cooperación entre los miembros de la comunidad. Quiere socializar al hombre y hacer de él un trabajador de la exclusiva tarea humana, que es la cultura; la cultura en todos sus grados o niveles, desde cavar la tierra hasta crear un poema. También se propone socializar la educación pública mediante la instauración de la *escuela única* y la escuela laica, levantadas por el Estado democrático. Éstos eran los ideales y los medios para la regeneración de España, es decir, para su europeización. Muchos profesaron este ideal antes que Ortega; alguno, como Joaquín Costa, lo enunció. Pero el filósofo de *El tema de nuestro tiempo* fue quien lo expuso con amplitud, como pensamiento orgánico y como pedagogía de la reconstrucción social y política: una pedagogía revolucionaria para esa hora de España.

III. LA PEDAGOGÍA VITALISTA. EDUCACIÓN Y VIDA

Diez años después de la aparición de sus ensayos sobre pedagogía social y política, estrechamente ligados al destino de España, las preocupaciones pedagógicas de Ortega, bajo la influencia de nuevas experiencias y reflexiones, crecen y toman otro giro, un criterio menos polémico y de mayor rigor científico. A la vida, la vida en cuanto realidad inmediata y creadora, la considera el eje de la primera educación. Todo ello culmina en su filosofía de la "razón vital". Si la peda-

gogía de la reconstrucción estaba animada por una categoría ideal, la del *deber ser*, en esta nueva etapa de su pensamiento la centra en el *ser*, en el sujeto individual con toda la riqueza de su vitalidad. La vida es lo individual y se manifiesta en la coexistencia. Vivir es convivir; en la vida individual se da la vida social y la cultura.

Sin echar en olvido los trabajos con que Ortega inicia, desde 1914, esa filosofía cuyo núcleo lo constituye la fórmula: *Yo soy yo y mi circunstancia*,⁶ preparatorio de otros que afirman su filosofía de la vida sintetizada en el principio *Esto es el hombre: el problema de la vida*, o sea una posición de crítica al racionalismo imperante desde el siglo XVIII, es posible advertir que desde temprano se opone al *racionalismo*, pero no propugna el *irracionalismo*, sino un entendimiento entre la razón y la vida. Dice: "La razón no puede, no tiene que aspirar a sustituir la vida". Y agrega: "Al destronar la razón, cuidemos de ponerla en su lugar"; así se encamina hacia su filosofía de la *razón vital*. "El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad", es decir, convertir a la *razón pura* en *razón vital*. Vida es peculiaridad, cambio, desarrollo; en una palabra, dice Ortega, es *historia*. La perspectiva es uno de los componentes de la realidad. "Cada vida —afirma— es un punto de vista sobre el Universo. En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra, cada individuo —persona, pueblo, época— es un órgano insustituible para la conquista de la verdad. He aquí cómo ésta, que por sí misma es ajena a las variaciones históricas, adquiere una dimensión vital"⁷.

Dentro de este clima de filosofía personal, en continua construcción y crecimiento, publica en 1920 su ensayo titulado *Biología y pedagogía o El Quijote en la escuela* —que forma parte de *El Espectador*, III— en cuyo desarrollo concreta una visión vitalista de la educación. Se introduce directamente en el problema de la educación elemental, y, con nueva perspectiva de la cuestión pedagógica, descubre lo que hay de esencial en ella. No se trata de que la pedagogía de *El Espectador*, como la ha denominado Morente, renuncie al fin educativo, sino de que no se propone en modo alguno conseguir un tipo humano definido, concluido. Más que el término del proceso, le interesa *el proceso en sí mismo*, su fluir espontáneo, sus fuentes primigenias, su aliento, su empuje

⁶ *Op. cit.* Tomo I, ver *Meditaciones del Quijote*, 1914.

⁷ *Op. cit.* Tomo II, *El Espectador*, 1921.

creador. Según esta dirección de su pensamiento, la educación no es un proceso de adaptación, como lo pretendía la pedagogía de inspiración biológica evolucionista. Esa pedagogía de la adaptación era preparación para el futuro. Lo que Ortega quiere estimular no son las funciones secundarias y derivadas, sino las fundamentales. "A mi juicio —dice— no es lo más urgente educar para la vida ya hecha, sino para la vida creadora. Cuidemos primero de fortalecer la vida viviente, la *natura naturans*, y luego, si hay solaz, atenderemos a la cultura y a la civilización, a la vida mecánica, a la *natura naturata*."

El ensayo *Biología y pedagogía* está dedicado, en su mayor parte, a difundir el pensamiento de biólogos, psicólogos y filósofos del siglo XX que posibilita la reforma de los fundamentos de la educación. En sus páginas aparece una sumaria visión de las nuevas doctrinas de la biología y de la psicología destinadas a reorientar y superar el criterio analítico y atomístico que antes las caracterizaba por un sentido más sintético, totalista y estructural. Contra el mecanismo de la suma de funciones especializadas, la nueva biología considera que lo primero es la vitalidad, y lo segundo, sus especificaciones. La vida es un movimiento de dentro afuera, una conversión hacia el centro. El organismo no se adapta al medio, sino que se incluye en él. Cada organismo absorbe o crea su medio, en el que vive como en su natural morada, "siendo a modo de prolongación de la individualidad orgánica", como dice Morente. En este nuevo cariz de la ciencia biológica aparece reconocida la utilidad de las glándulas de secreción interna, cuya función es proveer a todo el organismo de sustancias que excitan y regulan las funciones periféricas. Recuerda que a esta sustancia básica de la secreción interna Starling la ha denominado "hormona", que quiere decir *lo incitante*. Ortega, en su ensayo, examina muchos aspectos de la vida infantil, como el deseo, el sentimiento, la emoción, el juego, el mito, que no alcanzan a ser explicados mediante la teoría de la adaptación, pero que sí se justifican dentro de lo que él denomina la "pedagogía de las secreciones internas". El deseo, por ejemplo, es una función interna, sin utilidad si se lo juzga en relación con el mundo exterior, pero de capital importancia si se lo mira como regulador de la voluntad y de otras funciones anímicas. "Una pedagogía de adaptación tenderá —dice Ortega—, movida por su miope utilitarismo, a podar en el niño y el adolescente toda la fronda del deseo, dejando sólo aquellos apetitos que el maestro juzga practicables. Con ellos vendrá a hacerse cada vez

más angosto el círculo de la voluntad y menos briosos los ímpetus de ensayo. Una pedagogía de secreciones internas cuidará, por el contrario, de fomentar los apetitos, formando un abundante *stock* de ellos en el alma juvenil”.

En vez de seguir los preceptos de la pedagogía al uso, que se ocupa preferentemente de adaptar nuestra vitalidad al medio, Ortega, tal como lo expone sin reservas, quiere cultivar la vitalidad mediante una educación que, sobre todo en la primera etapa, procure lo inverso, es decir, pretenda adaptar el medio al hombre. La educación —dice— “en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de civilización, debe fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad”. Para esto se requiere un aprendizaje: el tratamiento de las funciones psíquicas internas, entre las cuales, las más hondas y eficaces son los sentimientos, nunca aislados sino en íntimo paralelismo con las emociones, de un lado, y del otro, con las secreciones internas. Excedería la extensión de este trabajo seguir a Ortega en su fértil y profundo ensayo, pero, para cumplir nuestro propósito, procuraremos destacar su pensamiento acerca del ritmo vital y sus dos tonalidades, ascendente y descendente. La educación debe favorecer o rectificar el pulso radical de la vida psíquica, y acudir para ello a una técnica de influjos eficaces sobre las complejas corrientes emotivas. “El niño —dice Ortega— debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas. Un poco de violencia y un poco de dureza convendría también fomentar en él. Por el contrario, deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga presentir lo equívoco de la existencia”. Porque cree en el ritmo vital ascendente, confía en la educación que enciende inagotable entusiasmo, que apela a imágenes fantásticas y mitos, capaces de suscitar sentimientos e impedir la paralización psíquica. De ningún modo es ésta la practicista pedagogía de la adaptación a la realidad, pues el mito carece de existencia exterior y tan sólo posee otra, dinámica, que pone en movimiento y acrecienta la tensión de los más profundos resortes vitales. “El mito —dice— es la hormona psíquica”.

Su teoría del medio vital, o del medio propio, o como prefiere decir de “su paisaje”, permite entender la vida infantil independientemente de la vida adulta. Sólo la incomprensión puede suponer que

el niño y el adulto están sumergidos en un mismo medio; es la misma incompreensión, acaso, que considera que a la torpeza con que se mueve el niño en el mundo de los mayores, debe corregírsela mediante una pedagogía que reduzca su puerilidad, introduciendo en él, cuanto antes, la mayor cantidad posible de vida adulta. "Siempre se hace —dice— que la madurez gravite sobre la infancia, oprimiéndola, amputándola, deformándola". Gran defensor de los derechos infantiles, del derecho que todo ser tiene a sentir el fluir espontáneo de la propia infancia, su pedagogía no es la de la adaptación del niño al ideal que se tenga del hombre maduro, sino la que prefiere tratarlo y educarlo como niño para asegurar en él la plenitud y eficiencia de la madurez, que no será nunca supresión, sino integración de la infancia. Pedagogía liberadora del niño, que no conduce a una educación "infantilista", sino formativa del hombre a través de todas sus etapas vitales, cada una con función propia, insustituible e indeclinable. Ortega descubre la significación de la infancia, no sólo como edad, sino también como calidad humana. Dice: "Las personalidades culminantes suelen parecer algo pueriles al ciudadano mediocre. El comerciante —a mi entender, el tipo inferior del hombre— encuentra siempre un tanto infantil al poeta y al sabio, al general y al político; le parecen gentes que se ocupan de cosas superfluas y cuyo trabajo tiene siempre un aire de juego. Esta impresión que el filisteo recibe del hombre genial no es inmotivada; sólo que de esa propensión a gastar esfuerzo en lo superfluo ha nacido cuanto en el mundo hallamos de respetable, incluso los inventos, que, una vez logrados, enriquecen al mediocre mercader. Hay hombres que llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente, la cual hace pensar en un niño acurrucado y escondido, presto a dar el brinco genial sobre la vida, la carrera loca y alegre que proporciona el gran botín de la ciencia, del arte y del imperio. Sólo esos hombres me parecen estimables, y el resto, contabilidad".

IV. IDEA Y MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Entre las consideraciones que se han hecho en torno de nuestro tiempo, a las que tanto consagró su espíritu Ortega y Gasset, ocupa un lugar destacado la idea de la Universidad; idea a la que está unida la de la cultura, la ciencia y la profesión. En 1930 aparece

uno de los ensayos más difundidos de su doctrina pedagógica: tal es el que lleva por título *Misión de la Universidad*⁸. En la pugna del pensamiento de Ortega contra el hombre bárbaro, es decir, sin cultura ni formación, aparece de modo claro y categórico su idea de la Universidad en relación con los caracteres de nuestra época. A través de las páginas de su trabajo surge la evidencia de que existe una pedagogía de la educación universitaria, pues ésta no consiste únicamente en la trasmisión de un saber determinado, sino en la relación con el estudiante, o sea, el hombre en formación. Insiste en que la Universidad debe volver a ser el *estudiante* y no el *profesor*, y lo hace en nombre de la autenticidad que debe caracterizarla. Es necesario partir del principio opuesto al sistema vigente: en lugar de enseñar lo que debería enseñarse, "hay —dice— que enseñar lo que se puede enseñar, es decir, lo que *se puede aprender*". Esto significa colocar en el centro del sistema pedagógico no al saber ni al maestro, sino al discípulo, tal como lo aconsejaron Rousseau, Pestalozzi, Froebel y el idealismo alemán. La agudeza típica de Ortega le permite levantar los problemas pedagógicos sobre fundamentos vitales y culturales ineludibles, y elevar su jerarquía. Dice: "El principio de economía no sugiere sólo que es menester economizar, ahorrar en las materias enseñadas, sino que implica también esto: *en la organización de la enseñanza superior, en la construcción de la Universidad, hay que partir del estudiante, no del saber ni del profesor. La Universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante*, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva de saber; otra, lo que él necesita saber para vivir". *Misión de la Universidad* representa la tercera etapa de su pensamiento pedagógico y tuvo gran repercusión en el área cultural hispanoamericana porque apareció más o menos para la misma época en que, bajo la influencia del movimiento de la Reforma Universitaria argentina de 1918, las universidades de nuestra América habían entrado en un proceso de franca revisión.

Lo que sobresale más en la concepción de la Universidad de Ortega es la relación entre especialización y cultura. Dentro de su pensamiento filosófico general considera que el hombre pertenece consubstancialmente a una generación y que la cultura es el sistema *vital*

de las ideas de cada tiempo. Advierte cómo la Universidad medieval no investiga: se ocupa de la profesión, y lo que imparte es "cultura general" —equivalente a teología, filosofía, artes liberales—. Todo ello encerraba el cuerpo de ideas que sobre el mundo y la vida poseía el hombre de esa época. Considera también que la cultura no es ornato, sino algo esencial, porque da sentido a la vida o evita que se sumerja en el envilecimiento. Según el filósofo español, no se puede vivir sin ideas: "*somos nuestras ideas*", dice.

A la inversa de la Universidad medieval, la contemporánea ha dilatado la función profesional y la ha complicado, agregándole la investigación y relegando la enseñanza de la cultura. Este fenómeno, señalado por tantos pensadores ilustres, ha provocado consecuencias que se manifestaron en la vida europea durante esta primera mitad del siglo XX. El hombre medio de los grandes países —Francia, Inglaterra, Alemania— era *inculto*, es decir, carecía de un sistema vital de ideas sobre el mundo y la vida humana. Ortega dedicó muchas y esclarecidas páginas de *La rebelión de las masas* al estudio de este hombre medio inculto, el nuevo bárbaro: "el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también". La culpa de esta barbarie la atribuye al especialismo —como lo denomina— de las pretenciosas universidades del siglo XX.

Afirma Ortega que una sociedad necesita buenos profesionales, pero también personas que graviten con sus ideas sobre el cuerpo social. Característica de la sociedad contemporánea es que esa gravitación la ejerzan quienes pertenecen a las clases burguesas, la mayoría de los cuales es profesional. Hecho evidente es que esos profesionales no son capaces de "vivir e influir vitalmente según la altura de los tiempos". A partir del siglo XIX la especialización limitó a cada hombre de ciencia, restándole la amplia visión que le permitía la cultura general. Por eso Ortega considera a la enseñanza de la cultura como la radical tarea de la Universidad. El especialismo sin compensación cultural ha desintegrado al hombre, recluyéndolo en la estrechez de su campo y manteniéndolo ausente de las grandes ideas. Mucha intensidad y escasa visión de los problemas generales inclina al peligro, común en nuestra época, de una subversión de valores: lo técnico sobre lo ético, lo extenso sobre lo íntimo, la parcialidad sobre la totalidad del hombre; en suma, tiranía de los hechos y las cosas, sobre la libertad y el poder de creación. Por su sola condición de in-

geniero, médico, abogado, sin compensación cultural, el hombre se convierte en un fragmento humano. A ello se debe la decisión de Ortega al declarar que la función *primaria y central* de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales. Para Ortega esas grandes disciplinas son: a) la imagen física del mundo (física); b) los temas fundamentales de la vida orgánica (biología); c) el proceso histórico de la especie humana (historia); d) la estructura y funcionamiento de la vida social (sociología) y e) el plano del universo (filosofía).

La Universidad de nuestra época, desde que él predicara esas ideas, comenzó en todas partes un proceso de integración. Nadie duda ya que la cultura, como medio de formación humana, es una de las tareas primordiales de la enseñanza superior⁹. Hacer del hombre medio, antes que nada, un hombre culto, es lo primero que la Universidad tiene que cumplir, según el filósofo español. Es decir: *humanizar*, para lo cual hace de la Facultad de Cultura el núcleo central de la Universidad y de toda la educación superior, a fin de enseñarle al hombre con claridad y precisión los principios, las tendencias y los caracteres del mundo presente en cuyo seno tiene que ubicarse para no falsificar o adulterar su vida. En esa Facultad de Cultura no se explicaría física, biología, historia, sociología y filo-

⁹ A este respecto cabe recordar el funcionamiento de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, en la que puede hallarse una resonancia de la Facultad de Cultura que concibió Ortega. Puede verse sobre este tema el artículo que publiqué en *La Nación* del 13 de setiembre de 1953, titulado *Una experiencia universitaria. La Facultad de Estudios Generales de Puerto Rico*. De nuestro país pueden citarse varias experiencias similares. Entre ellas se destaca la resolución del Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, de 1943, por la que se creó, a iniciativa del entonces Presidente de la misma, Dr. Alfredo L. Palacios, un curso de cultura superior que comprendía una asignatura común y obligatoria, y dos más, igualmente obligatorias, pero a opción del alumno entre varias que se dictarían simultánea o sucesivamente. La asignatura común se denominaba "La cultura moderna: sus grandes etapas". Las otras dos asignaturas que el estudiante podía elegir libremente estaban entre los siguientes grandes temas: I, Los problemas sociales de América; II, Los problemas filosóficos del hombre actual; III, Los problemas de la conducta social del hombre americano; IV, El pensamiento científico, sus formas y evolución; V, Figuras ejemplares de la cultura americana; VI, Problemas de economía política. Esta nómina se iría aumentando a medida que el curso avanzase, pero desgraciadamente después de un breve desarrollo, al abandonar el Presidente de la Universidad su cargo, fue suspendido por su sucesor. Puede verse tratada ampliamente esta iniciativa en el trabajo *Un experimento universitario*, de Francisco Romero, que forma parte de su libro *Ideas y figuras*, Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1949.

sofía con un sentido estrictamente científico, sino como grandes síntesis biológicas que mostrasen un panorama del pensamiento contemporáneo en su aspecto físico, viviente y humano, y sus problemas esenciales. De allí surgiría una interpretación intelectual del mundo y de la posible conducta humana a seguirse.

Pero, además, competen a la Universidad otras finalidades. La enseñanza universitaria está integrada por tres funciones: cultura, profesión y ciencia, a las que el autor de *Misión de la Universidad* las denomina por su orden: trasmisión de la cultura, enseñanza de las profesiones e investigación científica y educación de nuevos hombres de ciencia. Es necesario recordar que la Universidad tiene el deber de hacer, además de cultura y profesión, ciencia. No debe confundirse la enseñanza profesional con la investigación científica. Ortega las distingue nítidamente y cree que hay que separarlas. Para él el estudiante —o “aprendiz normal”— no es un aprendiz de científico, y considera desastrosa la tendencia que ha llevado al predominio de la investigación en la Universidad, lo que da motivo para que se elimine su función primordial, que es la cultura. Sin ésta el hombre, aun el que investiga, queda desposeído de las ideas vivas que representan el más alto nivel de su tiempo.

Algunos teóricos de la pedagogía universitaria creen que las tres funciones atribuidas —cultura, ciencia y profesión— constituyen solamente tres aspectos inseparables de la verdadera misión de la Universidad. En efecto, la Universidad debe asegurar la organización, en estrecha unidad, del trabajo científico y de la formación humana que capacite plenamente al futuro investigador y al profesional que, por un lado, requiere la ciencia y, por otro, las actividades del país, sin por eso olvidar al hombre que cada cual —profesional o investigador— debe procurar que brote de sí mismo. No es posible desconocer la necesidad que un país tiene de formar profesionales para las diferentes direcciones de su actividad; ni es posible negar que la eficiencia de esos técnicos depende del estado de las ciencias, y que ese estado es un reflejo de la investigación científica. A la Universidad le corresponde participar en la formación de investigadores y debe despertar comprensión por la cultura científica. Generalmente encuentra los futuros investigadores en alumnos de los cursos superiores que revelan definida vocación creadora, o en graduados de acentuada personalidad, con manifiesta tendencia hacia esas activi-

dades. Contados son, pero suficientes, para asegurar el progreso científico. Además de los grandes aportes de la investigación al progreso del país, ella reanima con nuevos alientos y nuevas verdades a la enseñanza superior.

La Universidad debe extremar sus exigencias en la formación de profesionales por cuanto ellos son elementos fundamentales en la vida del organismo social. El profesional no es un hombre de ciencia, sino un técnico o aplicador de los resultados de la ciencia a la que, si no contribuye a formar, debe en cambio poner al servicio de la vida. La instalación de seminarios y de institutos de investigación, formas modernas del trabajo universitario, tiende a superar la estrecha concepción que ha hecho de la Universidad una suma de cátedras académicas, atendidas bajo el signo metódico de la mera trasmisión de conocimientos. La Universidad se convierte de este modo en una comunidad educativa de trabajo y formación, hábitos que generan una educación moral y científica de altos méritos. Todo ello desarrolla en el estudiante, sujeto activo de la enseñanza y de la vida de la Universidad, un espíritu crítico y creador.

En una época de crisis como la presente la Universidad no puede quedar reducida a ser un simple centro del progreso técnico y de su repercusión sobre el poderío industrial y económico del país, obteniendo las mayores energías constructivas y a la vez destructivas. Debe alentar el progreso moral de la sociedad y la formación de hombres amantes de la vida en el seno de la libertad. La Universidad debe ser "alma mater" de espíritus libres. El proceso vital interno de la Universidad es una fuerza decisiva para la educación del hombre y la formación de la personalidad. Muchos son quienes piensan que la formación profesional y la investigación científica se resentirían si estuviesen separadas. La mera educación profesional, sin el aliento de la investigación, podría caer acaso en un dogmatismo. La investigación también requiere aquella renovación que sucesivamente aportan las nuevas generaciones.

Los conceptos de Ortega tienden a la separación de funciones, y a pesar de que no pueda compartirse la tesis en todos sus términos, constituye un estímulo para la discusión y el esclarecimiento de los problemas y principios que entraña la idea de Universidad. Ésta es su grande y valiosa aportación en una materia siempre abierta al debate, como lo es la continua renovación y perfeccionamiento de la Uni-

pensar y a expresarse con justeza, fuera de los canónicos moldes del racionalismo y *cum grano salis*, es decir, con la licencia y la libertad del espíritu que rebasa las medidas. Poseía el don de la exposición, de la conversación y el diálogo. Su aportación oral a la cultura tiene aspectos de mayor riqueza, acaso, que los de su labor escrita. Nosotros lo recordamos en su ciclo de conferencias de 1928 en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en el seminario que aquí también desarrolló para un reducido número de asistentes. Por otra parte, su conducta, a la luz de los hechos, también fue la de un educador: basta recordar los dos momentos importantes en que defendió la dignidad universitaria. Cuando Unamuno fue desterrado por la dictadura de Primo de Rivera, Ortega renunció a su cátedra, en solidaridad con el maestro de Salamanca, sin acordarse de las profundas divergencias intelectuales que los mantenían distantes. Cuando en 1936 se declara la guerra civil en su patria, Ortega tuvo que salir de España por razones de salud; y cuando vuelve, lo que movería a críticas y suspicacias, no tomó posesión de su cargo docente, y con Julián Marías, su discípulo, creó en 1948 el Instituto de Humanidades en Madrid, intento frustrado, algunos años después, por el clima reinante¹⁴.

Pero lo que más importa de Ortega, el hombre, fue que dedicó su vida a pensar en *la vida del hombre*. De él puede decirse que fue el ejemplo inequívoco de una vocación, nunca falseada, de pensamiento y verdad. En el curso que en 1934 dictara en Madrid sobre *El hombre y las gentes*, planteó, como exigencia de nuestra época, la antítesis entre la *vida auténtica*, solitaria, intrasferible —por ser de cada cual, y por tanto, responsable— y la *vida mostrenca*, anónima, que es de todos y de nadie, irresponsable. El camino que señaló Ortega a los educadores está iluminado por una filosofía que dice que, si la vida quiere ser humana, ha de serlo en permanente responsabilidad y justificación ante la cultura, lo verdaderamente vivo en la historia del hombre.

JUAN MANTOVANI

Leída en el Colegio Libre, el 31 de mayo de 1957.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¹⁴ *Aula Nueva. Instituto de Humanidades*, organizado por José Ortega y Gasset y Julián Marías, Madrid 1948 (Folleto).

Población y subsistencias

por JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ

I

Hace ya más de siglo y medio que Malthus, alarmado por el vertiginoso crecimiento —a su parecer— de la población, en aquellos lejanos días, y el correlativo aumento —mucho más despacioso, en su opinión— de las subsistencias, lanzó aquel angustioso grito de alarma —su famoso libro *Ensayo sobre el principio de población*—, y propuso en él la “*moral restraint*”, la restricción moral, para contener el desarrollo excesivo de la población. Y un contemporáneo suyo, Francis Place, reclamó no sólo la contención moral, sino la adopción de medidas adecuadas para restringir el número de los nacimientos. Esas medidas, esas prácticas dieron lugar a lo que hoy se conoce con el nombre de *malthusianismo*, o *neomalthusianismo*, aunque está perfectamente demostrado que Malthus es ajeno, en absoluto, a ese modo de encarar el problema.

Las previsiones de Malthus no llegaron, por entonces, a cristalizarse. Existía por aquellos tiempos un vasto continente, casi desierto: nuestra América que, no sólo absorbió la población sobrante de Europa, sino que produjo, en sus fértiles praderas, abundante cantidad de alimentos susceptibles de ser exportados para cubrir las necesidades de la población europea que no había podido o no había querido emigrar.

En tanto en Asia —en la China y en la India, sobre todo— las gentes padecían *hambre*, verdadero hambre. Contemplaban cómo desaparecía en plena niñez, segada en flor, una gran parte de las generaciones destinadas a renovarlas y rejuvenecerlas, mientras a pesar de ello el número de sus habitantes crecía sin pausa.

También en Europa y en América crecía la población, favorecida allí por la reducción constante de la mortalidad, y en particular, la

mortalidad infantil, merced a los nuevos recursos de la medicina y de la higiene. Lo que, si biológicamente era una ventaja, creaba económicamente un nuevo problema: el *envejecimiento* de la población; es decir, el mayor *peso*, la mayor proporción de los grupos de edades altas, con respecto a los que estaban en la madurez o en plena juventud. El hecho tardó algo en ser advertido porque, mientras las poblaciones seguían creciendo en número, los recién llegados iban *equilibrando* la diferencia. Pero cuando, por una u otra razón, la natalidad empezó a decrecer, el *envejecimiento* de la población —en conjunto— se hizo, sobre todo en algunos pueblos de Europa, más y más patente, y llegó a causar alarma en los hombres de estado y en los hombres de ciencia.

II

El fenómeno se agudiza en nuestros días en todo el orbe. Las poblaciones crecen con una rapidez extraordinaria, y en algunas regiones —en Asia, sobre todo— el problema asume una indiscutible gravedad. Recientemente hemos leído todos en los diarios —no era preciso leer más que el título escrito en grandes caracteres—: la China no puede mantener a toda su población.

Las Naciones Unidas han creado un organismo: la FAO —Food and Agricultural Organization (Organización para la Agricultura y los Alimentos)— que trata de solucionar el problema por todos los medios a su alcance, especialmente en cuanto a la *distribución* de los productos alimenticios, pues, mientras algunos países —como los EE.UU.— tienen copiosos *sobrantes*, otros pueblos carecen de lo más indispensable. Y no es eso todo. Carecen, también, de dinero o de productos con que *pagar* lo que les falta.

El problema, como se ve, tiene dos *caras*, dos aspectos. Por una parte, la población *aumenta*, y, no sólo aumenta, sino que además *envejece*. Es —ya lo dije antes— proporcionalmente mayor, cada día, el número de los que, dentro de ella, por su *edad* no están —a veces *no quieren estar*, o no quieren reconocer que aún están— en condiciones de producir. Y, por otra, las subsistencias no alcanzan el nivel necesario para cubrir las necesidades de *todos*. Y, por si fuera poco, están mal *distribuidas*. Sobran en algunas partes y faltan en muchas otras.

La FAO pensó primero en la fundación de un Banco Mundial de Alimentos, pero hubo de renunciar a esa idea ante dos interrogantes, que nadie sabía cómo responder. ¿Quién pagaría los gastos necesarios? ¿Cómo evitar que, en caso de guerra, las reservas del Banco fueran a parar, violentamente, a poder de uno de los beligerantes?

Actualmente se propicia otra solución: fundar Bancos de Alimentos, en los *países necesitados*. Pero hay que establecer claramente si es posible *acumular* esas reservas alimenticias, después de satisfacer las necesidades del momento. Los peritos norteamericanos —acaso con excesivo optimismo— creen que eso es posible siempre que se permita a esos pueblos— los que requieren ayuda ajena— *pagar* lo que adquieran en su *propia moneda* y utilizando, si es preciso, el crédito.

Pero los países agrícolas —como el nuestro— ven en esos procedimientos un grave peligro: que se haga *dumping* y, con ello se perjudique a las naciones de economía principalmente *rural*.

En cambio el actual Director de la FAO —B. R. Sen, de la India— acoge con todo fervor la idea, pensando en los tres millones de muertos que le costó a su país el *hambre* que asoló, en 1943, a Bengala.

Siempre, como se ve, intereses encontrados que chocan.

III

¿Cuál ha sido, hasta donde nos sea dado establecerlo, el crecimiento de la población en el pasado?

Un grueso volumen publicado recientemente y que recoge la mayor información que ha sido posible reunir: *World Population and Production: trends and outlook* —Población y producción mundial: tendencias y previsiones— publicado poco ha por los esposos Woytinsky, nos informa al respecto, con las reservas naturales propias al referirse a épocas en que las estadísticas no existían o eran muy rudimentarias, y hay que atenerse a estimaciones aproximadas.

Al principio de la era cristiana —año 30 de Cristo— la población del Imperio Romano era, según Julio Beloch— revisada, más tarde, por Eduardo Mayer— de unos 55 millones de habitantes, distribuidos así, en millones:

Europa

Italia	6	
Las Galias	5	
España	6	
Valle del Danubio	2	
Grecia	3	
Sicilia, Córcega y Cerdeña.	1	23,-
	<hr/>	

África

Egipto	8	
África del Norte	6,5	14,5
	<hr/>	

Asia

Armenia y Cáucaso	2,5		
Asia Menor y Siria	9,-		
Otras regiones	6,-	17,5	55,-
	<hr/>	<hr/>	

¿Y el resto del mundo? Al norte del Imperio las poblaciones estaban dispersas: las islas Británicas, Escandinavia, la Europa central... Si se *admite* que su población no excedía de la de las Galias e Italia, en conjunto, tenemos 11 millones, es decir, 34 en total para toda Europa. En cuanto al África la población total no podía exceder de los 30 millones. Y, por lo que hace al Asia, un censo levantado en China, en el segundo siglo de la era cristiana, acusaba menos de 60 millones. La población de todo el continente no podía exceder de los 120 millones. De América y Oceanía no hay datos concretos, pero se puede afirmar —sin temor a equivocarse— que su población era más bien escasa. Luego, no se yerra mucho fijando la población total del mundo entre 210 y 250 millones de habitantes.

Y según estimaciones —que no deben estar muy lejos de la realidad— se tiene, en épocas mucho más recientes —pero aún fuera de la *época* de la estadística— las cifras que siguen, en millones de habitantes:

CONTINENTE	1650	1700	1750	1800
América	13	13	12	25
Europa	100	110	140	187
Asia	330	400	479	602
África	100	98	95	90
Oceanía	2	2	2	2
TOTAL	545	623	728	906

En tiempos más recientes —y con mejores fuentes de información— tenemos, ya, los siguientes datos, en millones de habitantes:

CONTINENTE	1850	1900	1940	1950
Norte América .	26	81	143	166
América Central.	13	25	42	51
Sud América ...	20	38	89	111
Europa	266	401	543	559
Asia	749	937	1.186	1.302
África	95	120	157	198
Oceanía	2	6	11	13
TOTAL	1.171	1.608	2.171	2.400

Nótese que África, que *tendía* a despoblarse, poco a poco, ha dado, desde mediados del siglo anterior, un salto hacia arriba.

Es la influencia de la colonización europea. Y nótese, además, que en Asia la población ha seguido creciendo a un ritmo cada vez mayor, que ha alarmado a los pueblos europeos —o de origen europeo, como los de América— porque han temido verse *sumergidos* por la creciente ola asiática.

Y, a las alarmas de Malthus —no enteramente justificadas hasta la fecha— sucedió el temor de los blancos de verse superados numéricamente por los pueblos de color.

Pero la ciencia moderna ha venido a tranquilizarlos. La excesiva *fecundidad*, en los pueblos, parece ser un signo de debilidad más bien

que de fuerza. Ya, en 1939, Raymundo Pearl —que años antes había *resucitado* las doctrinas del belga Verlhust, acerca de las tendencias hacia el *estacionamiento* de la población, acusadas por la curva llamada *logística*— dio a la estampa un volumen titulado *The Natural History of Population* —La historia natural de la población— en la que, al señalar la *caída* de las tasas de natalidad desde 1900 hasta 1933, en diversos países y que representaban un 62 por ciento para Austria, un 43 por ciento para Suiza y un 15 por ciento para Irlanda —para no mencionar sino algunos países— cita, a propósito de esa *graduación* en la baja de la natalidad, unas palabras escritas mucho antes por Herbert Spencer que dicen: “Individualidad y génesis son necesariamente antagónicas. Y agrupo bajo la designación de *individualidad* todos los procesos por medio de los cuales el individuo es completado y mantenido. Y amplío el sentido de la palabra *génesis* de modo que comprenda todos los medios que ayudan a la formación y perfeccionamiento de nuevos seres. Vemos, así, que hay entre ambos conceptos una fundamental oposición. Admitiendo que todo lo demás —ambiente, clima, alimentos, enemigos— no sufre variación, se llega a la conclusión de que, cuanto más alto es el grado de evolución individual tanto menor es la multiplicación de la especie y viceversa.”

Pearl halla, como es lógico, que las razones de Spencer se apoyan en principios egoístas —instintivamente egoístas, si se quiere— y recurre a otro autor que escribía hacia 1853: T. Doubleday, autor del libro *The true law of population shewn to be conected with the food of the people* —La verdadera ley de la población, a la luz de sus conexiones con la alimentación del pueblo— Doubleday, mucho menos cauto, al decir de Pearl, y mucho menos culto que Spencer, en general, sabía, no obstante, mucho más que éste acerca del tema. Pero fue poco leído y considerado, probablemente porque sus conclusiones *ofendían*, en gran parte, los sentimientos y prejuicios de la era victoriana en que le tocó vivir. Además, no era un hombre prudente y llevó sus argumentos demasiado lejos en una sola dirección: la de los alimentos. Por otra parte, es archisabido que son las clases pobres las que más descendencia tienen. Precisamente, el nombre de *proletarios* que se les da proviene de *prole*. Y la designación no es, ciertamente, de nuevo cuño.

IV

Hoy en día se han profundizado más esas cuestiones y ha podido comprobarse que, a pesar de practicar algunos grupos acomodados procedimientos tendientes a reducir, a limitar el número de sus hijos, no es esa sola la causa de que las clases pobres reciban con más frecuencia la visita de la cigüeña.

Un escritor brasileño —de clara visión y reconocido talento— Josué de Castro, publicó hace años un libro que se hizo famoso en poco tiempo: *Geografía del hambre*, en el que hacía atinadísimas observaciones acerca de la desnutrición de algunos pueblos, especialmente en su tierra natal: el Brasil.

Una empresa norteamericana le pidió, entonces, que escribiese otro libro de mayores alcances cuyo título le sugería: *Geopolítica del hambre*. Por supuesto, la geopolítica no tiene aquí el sentido que le daban los nazis, que hacían de la palabra —y de la doctrina que con ella designaban— una especie de arma *moral* —precursora de las materiales— para afirmar sus derechos a un *espacio vital* —como ellos decían— cada vez mayor.

En ese libro de Castro —aparecido recientemente en castellano— se amplían y se les da un carácter universal a los estudios sobre el *hambre*. El hambre entendido no sólo en el sentido vulgar que se le da a la palabra, sino en otro sentido más preciso, menos difundido: en el de *carencia* en los alimentos consumidos de elementos básicos y fundamentales para la salud y el desarrollo.

La persona puede *no tener apetito*, pero su organismo está pidiendo ciertas sustancias sin las cuales pierde vitalidad y energía.

En un breve pero sustancioso prólogo, Lord John Boyd Orr, un inglés que es, a la vez, un hombre de ciencia y un esforzado defensor de los humildes —de los *verdaderamente* humildes— empieza por advertirnos que la ingestión abundante de *proteínas* lleva a un alto porcentaje de esterilidad. Después el autor del libro, Castro, nos da mayores precisiones: los grupos de mayor fertilidad son los que disponen de menor contenido de proteínas completas, y presenta un cuadro de países con diferentes tasas de natalidad que comprueba *estadísticamente* la observación. Y tenemos así:

PAÍSES	TASA DE NATALIDAD por 1.000 habitantes	CONSUMO DIARIO DE PROTEÍNAS ANIMALES en gramos
Formosa	45,6	4,7
Malasia	39,7	7,5
India	33,0	8,7
Japón	27,0	9,7
Yugoslavia	25,9	11,2
Grecia	23,5	15,2
Italia	23,4	15,2
Bulgaria	22,2	16,8
Alemania	20,0	37,3
Irlanda	19,1	46,7
Dinamarca	18,3	56,1
Australia	18,0	59,9
Estados Unidos	17,9	61,4
Suecia	15,0	62,6

Como se ve, “el índice de natalidad *cae* —para decirlo con palabras del propio Lord Boyd Orr— al aumentar el consumo de alimentos ricos en proteínas: carne, leche y huevos”... “Hay, claro está, factores económicos y culturales, además del régimen alimenticio, que afectan al índice de natalidad. Con todo, casi no cabe duda de que el único método realmente efectivo de fiscalizar la natalidad es mejorar el régimen alimenticio”... “No hay duda de que, a menos que haya una guerra con armas biológicas, capaces de matar a más del cincuenta por ciento de la población de cualquier región donde se las use —¡Guernica, Coventry, Hiroshima!— la población de preguerra de dos mil millones de almas, será, en el período de nuestros hijos, de tres a cuatro mil millones”. Y señalando los esfuerzos que sería necesario realizar para poder alimentar —lo que es posible— a esa enorme masa de hombres, añade con justificado pesimismo: “Los gobiernos están preparados para unir sus hombres y sus recursos para una guerra mundial, pero las grandes potencias no están dispuestas a unirse para desterrar el hambre y la pobreza del mundo”.

V

En el fondo, la historia de la humanidad ha sido la de su lucha por la obtención del pan nuestro de cada día. Podrá haber habido—en tiempos ya olvidados, cuando la humanidad era *niña* aún— una época en la cual bastase extender la mano para obtener un fruto que apagara el hambre, pero esa época —si realmente existió— pasó pronto. No olvidemos que una de las primeras oraciones —la primera, tal vez— que inventaron los cristianos fue, precisamente, el *padre nuestro*, donde se hallan las significativas palabras: “el pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Y entonces la tierra no estaba superpoblada, ni mucho menos.

Analizando el problema se observa que cerca de los dos tercios de la población vive en “estado permanente de *hambre*”. Por ello, tal vez, el hambre constituye uno de los *tabús* de nuestro tiempo, un tema prohibido, o por lo menos, poco aconsejable de ser abordado públicamente.

La civilización contemporánea trató, por todos los medios posibles, de presentar como signos de *animalidad* los instintos y, claro, entre ellos el hambre; el hambre producto en gran parte del colonialismo deshumanizado, o, mejor aún, *deshumanizante*, porque nada hay que degrade a tal punto la especie humana como el hambre. Por ello se trató de ocultar por todos los medios posibles la tragedia de China, donde durante el siglo pasado murieron, por esa causa, cerca de cien millones de personas, o la de la India donde, por el mismo motivo, murieron en los últimos treinta años de dicho siglo alrededor de veinte millones de seres humanos.

Los hombres de ciencia de Occidente ignoraban el fenómeno del hambre en toda su trágica realidad, hasta que, al fin de la segunda guerra mundial, se enfrentaron con el pavoroso espectáculo de los *campos alemanes de concentración*. Los servicios médicos no sabían cómo prestar asistencia a los millares de individuos que habían llegado al último grado de inanición, hasta que, al correr el tiempo, se descubrió que el mejor alimento en tales casos era la *leche desnatada*.

Destruído por la fuerza de los acontecimientos— el *tabú* del hambre, se comenzó a estudiar con seriedad el problema que creaba.

Dos teorías —igualmente erróneas— se presentaron, en seguida. La de que el hambre es un fenómeno natural e irremediable, y la de que sólo podía ser combatido mediante el *control de los nacimientos*.

En cuanto a la primera basta considerar que, en la superficie total del planeta, los mares ocupan el setenta y uno por ciento y las tierras el veintinueve por ciento restante, o sea unos 145.000 km². De ellos, el treinta por ciento está cubierto de bosques; el veinte por ciento de campos abiertos; el dieciocho por ciento de montañas y al treinta y dos por ciento que queda, corresponde un suelo desértico, ya sea por exceso de calor o por exceso de frío. Por supuesto, las cifras son de carácter global, pero dan una pintura bastante clara de la realidad.

Cerca de la mitad del suelo es, en opinión de los entendidos, susceptible de algún aprovechamiento agrícola. Estimación más bien moderada que optimista porque, no sólo deja de lado la mitad de las tierras, sino que no toma en cuenta los progresos siempre crecientes de la técnica que permite transformar en suelos de cultivo —mediante una apropiada irrigación— algunos que se desdeñan, y porque ignora, además, los trabajos de los rusos que han incorporado a las zonas cultivables una amplia porción de desiertos polares.

Mas, aún prescindiendo de esas recientes conquistas, queda todavía una superficie de 6.500 millones de hectáreas o sea 1,625 por persona. Y, según cálculos de los que de ello entienden, es necesaria apenas la mitad.

Quiere esto decir que no es cuestión de *producción*, sino de *distribución*. Ya lo ha dicho Frank Boudreau: "Se ha obtenido más éxito en la producción que en el modo de distribuirla".

Por otra parte, ya se ha visto que los Estados Unidos tienen dificultades para colocar sus sobrantes de cereales, en tanto que otros países necesitan adquirirlos en cantidades mucho mayores. . . ., pero les faltan los *medios* con que *hacerlo*, es decir, con que *pagarlos*.

La FAO —la organización para la agricultura y los alimentos que hace poco cité— llegó, hace ya tiempo, a la conclusión de que, en diez años, se podía aumentar, en la India, la producción de trigo en un treinta por ciento por hectárea: veinte por ciento mediante el uso de fertilizantes, cinco por ciento introduciendo nuevas variedades y otro cinco por ciento con una adecuada lucha contra las plagas. Y lo mismo ha de ocurrir en otros países. Por ejemplo, antes de la

última guerra, las Islas Británicas producían, apenas, el cuarenta por ciento de los alimentos que consumían; el resto provenía del exterior. La necesidad obligó a sus habitantes a duplicar los productos de su suelo, en gran parte, extendiendo la superficie cultivada que pasó de 1.700.000 hectáreas, en 1939, a 2.900.000 en 1944.

VI

Es decir, que la relación entre la población de una región dada y la producción de recursos alimenticios puede —y debe— ser mejorada, aumentando, así, lo que usualmente se llama *nivel de vida*. Y aparece aquí un concepto familiar a todo el mundo, pero imperfectamente definido. Cosa natural, por lo demás, porque ese *nivel* varía considerablemente de país a país y, aun dentro de un mismo país, de unos *grupos* de habitantes a otros. En los Estados Unidos —uno de los pueblos que tienen más alto nivel de vida— se le ha definido como “el *punto* en el cual el afán por tener más y más cosas cede el puesto al deseo de que esas cosas sean cada vez *mejores*”. Para llegar a tal estado es preciso haber superado todas aquellas situaciones en que se lucha por alcanzar un mínimo indispensable para subsistir, cuando se han dejado atrás todas las formas del *hambre*. No sólo el hambre —de que todos tenemos noticia—, el que se observaba, por ejemplo, en los campos de concentración alemanes durante la última guerra, el que representa una carencia *material* y visible de alimentos, sino el que, dentro de un cuadro normal de alimentación, en una región dada, sufren sus habitantes por *carencia*, en dicho régimen alimenticio, de ciertos y determinados elementos indispensables para la vida.

Max Sorre, en su libro *Les fondements de la Geographie Humaine*, al hablar de los fundamentos *biológicos*, apunta que entre los dos millones de especies animales que pueblan, según él, toda la tierra, apenas unas cincuenta han sido domesticadas por el hombre y contribuyen de un modo o de otro a su subsistencia. Por lo que hace al reino vegetal, el desperdicio es, asimismo, considerable. Sobre trescientas cincuenta mil especies calculadas, sólo unas seiscientas son aprovechadas por el hombre para su alimentación. Con un régimen alimenticio variado —como el que emplean algunas tribus primitivas— las deficiencias específicas de un día son compensadas al siguiente.

Si la alimentación es monótona, las deficiencias que puedan existir no se compensan jamás.

Tomemos, por ejemplo, el arroz —base de la alimentación de muchos pueblos—, el azúcar y el trigo. Esos productos, al ser *refinados*, descascarados, por ejemplo, al convertir el trigo en harina blanca —la más cara—, pierden con sus envolturas —tenidas en poco— elementos fundamentales para la vida. Y, así, los que en Asia hacen del arroz *descascarado* la base de su alimentación, malgastan energías que si tomaran el arroz sin esaseudopurificación podrían aprovechar para mejorar su salud y su vigor.

Los animales, en eso, nos llevan gran ventaja. La gallina, necesitando mucho calcio durante la postura, se provee de él picoteando las paredes. El perro, encerrado en una casa de departamentos, cuando sale a la calle se dedica a mordisquear cuanta hierba encuentra a su paso. El gato, sometido a una clase *refinada* de alimentación por sus cariñosas amas, limpia la casa de ratones y se aplica a la caza de lagartijas en los jardines y de descuidados pájaros, no por espíritu de crueldad, sino porque necesita alimentos para completar su dieta demasiado escogida.

También los hombres imitan, a veces, a los animales. Pero son los que pertenecen a las clases de rudimentaria civilización o niños pequeños. Carentes de hierro, lo buscan comiendo tierra. Por supuesto, los más civilizados no hacen tal cosa. Han perdido —como apunta Josué de Castro— la *sabiduría del instinto*.

VII

Al hablar de hambre *específica* hay que distinguir tres tipos distintos: el de proteínas, el de minerales y el de vitaminas. Este último tipo es, posiblemente, el que primero se identificó, aunque —naturalmente— no como una forma del *hambre*, ni menos como uno de sus efectos, sino como un oscuro resultado de ciertas —mejor fuera decir *inciertas*— enfermedades.

En efecto, sólo después que Eijman, en 1897, provocó la aparición de la polineuritis en aves alimentadas con arroz descascarado, se inician las experiencias científicas al respecto y se comprueba que la falta de determinadas vitaminas provoca enfermedades como el escorbuto, el beriberi y la pelagra. Muchas son ya las vitaminas co-

nocidas, pero aquí sólo se mencionarán algunas de ellas: las tenidas hoy por más importantes.

La falta de la vitamina A produce perturbaciones visuales y oculares y, además, *detiene el crecimiento* de los jóvenes. Sus fuentes naturales son las grasas animales y los aceites de hígado. A la carencia de esta vitamina —endémica en países como la China y el Japón— ha de atribuirse, en gran parte, el considerable número de ciegos que mendigaban en Europa durante la Edad Media, después de los períodos de hambre. Hace apenas un siglo, un médico irlandés, el doctor Emmet, notó que, después del hambre de 1848, el número de ciegos había aumentado en su país de *trece mil* a más de *cuarenta y ocho mil*.

Hoy ese azote ha disminuido muchísimo en Europa, pero sigue siendo grave en el Extremo Oriente y en algunas regiones de la América latina.

La falta de vitamina B ha producido —desde mucho antes de habérsela individualizado— dolencias tan graves como el beriberi, cuyas características son perturbaciones de origen nervioso o circulatorio. El mal hizo estragos, sobre todo, en el lejano Oriente, y fue justamente un médico naval japonés —el doctor Takaki— el que notó que esa enfermedad no atacaba a los marinos europeos, y entonces *sospechó* que su origen podía ser debido al inadecuado régimen alimenticio de los marineros japoneses, a quienes se les suministraba, casi exclusivamente, arroz descascarado.

El doctor Takaki realizó, en consecuencia y casi en secreto, para no causar alarmas, un experimento audaz. En un viaje realizado por el navío Rinjio, que duró 277 días, la tripulación sufrió una epidemia tal de beriberi que de los doscientos setenta y seis hombres —sanos— con que inició la travesía, ciento sesenta y nueve estaban parálíticos al regreso, y veinticinco habían sido arrojados al mar, víctimas, todos ellos, del beriberi. La experiencia intentada por el doctor Takaki consistía en que un nuevo barco realizara un viaje *idéntico* al anterior, con una modificación sustancial en el régimen alimenticio, en el cual se introducían cantidades apreciables de carne, leche y vegetales. El éxito más rotundo coronó el experimento: sólo catorce marineros —que se negaron a someterse al nuevo régimen de comidas— tuvieron el beriberi, y no hubo ni un solo muerto a bordo.

Pero Takaki no atinó a presentar un plan científico para combatir el mal, cuya causa, no obstante, había descubierto. El honor de presentar ese plan le cupo a un médico holandés, el doctor Christian Eijkman —ya citado—, a quien impresionaba la enorme masa de enfermos nativos en Java. Un día, por casualidad, vio que algunas gallinas de las que andaban por el patio del hospital presentaban, al caminar, características iguales a las de los enfermos de beriberi: ahondó en el caso, y supo así que, por razones de economía, se las alimentaba con los *restos* de la comida suministrada a los enfermos: arroz descortezado y cocido. Era, pues, el arroz el causante del mal. Pero, ¿por qué? Eijkman no creía que el beriberi fuera una enfermedad contagiosa. Tomó dos grupos de gallinas. Alimentó al uno con arroz descortezado que *no había pasado por las manos de los enfermos* —para evitar el peligro del contagio— y vio que las gallinas se enfermaban. En cambio, el otro grupo, sometido a otro régimen de alimentación, se conservó sano. La prueba estaba hecha. Más aun, dando la cáscara del arroz a las gallinas enfermas, éstas recuperaban la salud.

VIII

Y, así, otras enfermedades, como la descrita, en 1735, por el médico español Gaspar Casal con el nombre de *mal de la rosa*, y que él emparentaba con la lepra y el escorbuto. Erraba en el primer parentesco, pero no en el segundo. Es la enfermedad conocida hoy día por la *pelagra*. Pero no fue sino hacia 1914 cuando un médico estadounidense —Joseph Goldenberger— comprobó que el mal no era contagioso y que era perfectamente curable y evitable. Bastaba suministrar a los *posibles* pacientes un régimen de comidas adecuado en el cual no faltaran la leche, los huevos y la carne. Pero las poblaciones de la región carecían de medios económicos para modificar fundamentalmente su dieta. Su recursos sólo les permitían adquirir harina de mijo y tocino. Y fue entonces cuando el doctor Goldenberger escribió, con visible pesimismo: “En resumidas cuentas, yo soy apenas un médico, y nada puedo hacer para modificar las condiciones económicas de la comarca”. Esto ocurría en el sur de los Estados Unidos.

Una de las enfermedades que se conocen desde los más remotos tiempos es el escorbuto. Ya en los días de la antigua Roma, según Gayo Plinio, las legiones romanas fueron casi aniquiladas durante la guerra contra los germanos, en el siglo primero de nuestra era, por una atroz enfermedad llamada *stomacace*, cuya descripción coincide con la del escorbuto. El escorbuto, que durante el pasado siglo aprendimos a curar con jugo de limón, hizo sus víctimas en mayor número entre los marineros que se lanzaban a la aventura, a tierras lejanas. Camoens, en Los Lusíadas, pinta de mano maestra los estragos del escorbuto, y no resisto a la tentación de traducir para ustedes estas dos significativas octavas.

Y fue, que de dolencia cruda y fea
y que yo nunca vi, desampararon
muchos la vida, y lejos de su aldea
sus huesos para siempre sepultaron.
¿Quién habrá que sin verlo —¡oh Dios!— lo crea?
Disformes las encías se inflamaron
y la carne, a la par, que les crecía
mientras iba creciendo se pudría.
Se pudría con fétido y malsano
hedor, que el aire todo inficionaba.
No había allí un experto cirujano
ni un médico tampoco se encontraba;
pero cualquier audaz con presta mano
en la podrida carne cortes daba
como si fuera muerta. Y bien hacía
que muerto estaba ya quien tal tenía.

No puedo seguir insistiendo sobre el punto. Baste lo apuntado para señalar los males que causa la carencia de vitaminas. Uno de ellos —de los más graves— es el raquitismo, una de cuyas causas es la falta de la llamada vitamina D. Sin embargo, esta enfermedad es rara en las zonas tropicales, porque el sol ejerce una acción benéfica y, a través de la piel, suple la falta de esa vitamina.

IX

Al referirme a los animales —y a las personas— que comen tierra, aludí a la carencia de minerales en el régimen alimenticio. Ca-

rencia que se hace sentir más —a igualdad de condiciones— en las zonas templadas y frías, porque la luz del sol es gran productora, como queda dicho, de la vitamina D que, entre sus funciones, tiene la de *fixar* en la masa ósea el *calcio* y el *fósforo*. Ello explica por qué en las tierras poco soleadas la carencia de *calcio* se haga notar más, aun en países como los Estados Unidos donde el consumo de leche es de los más elevados del mundo. Y explica, también, por qué el raquitismo es tan común en Inglaterra, al extremo de que, durante muchos años, esa enfermedad fue conocida como *enfermedad de los ingleses*. En cambio, en países de deficiente alimentación —como, por ejemplo, Puerto Rico— no hay prácticamente raquitismo, a causa de su clima.

La carencia de *hierro* produce, en general, un tipo de anemia que se caracteriza por la falta de hemoglobina en la sangre.

En cambio, la carencia de *yodo* se hace sentir bajo la forma de *bocio endémico*, que lleva a la degeneración del individuo.

La falta de *sodio* se manifiesta en ciertas condiciones climáticas. El sudor hace que se elimine en cantidades relativamente elevadas, que hacen necesaria su reposición, so pena de llegar a un estado de depresión. Es lo que ocurre en los climas cálidos, donde la llamada *pereza* de los naturales, no tiene otro origen. Por supuesto, esos efectos se hacen sentir con mayor intensidad en los blancos que en los hombres de color. Pero no se crea que se trata de una superioridad *racial*: nada de eso. Es que los negros y los indios *sudan* menos o, en todo caso, pierden menos clorato de sodio al sudar porque, en general, van desnudos o semidesnudos, en tanto que el blanco apenas si se *alivia* un poco de ropa. Y, como ha demostrado el doctor Talberg, la piel desnuda pierde la *mitad* de clorato de sodio que la cubierta por el vestido.

X

Llegamos, por fin, al hambre específica de proteínas. Como éstas constituyen los elementos básicos del protoplasma vivo, representan lo esencial de la vida. Son sustancias químicas elaboradas por los vegetales, que los animales son incapaces de producir. Se cimentan sobre la base del carbono del aire y el *ázoe* del suelo combinados, bajo la luz solar, con otros elementos. Como queda dicho, sólo las

plantas son capaces de realizar el milagro de su creación. Por ello, tanto los animales como el hombre dependen de ellas para subsistir.

Cada especie —animal o vegetal— posee ciertas proteínas que difieren en cuanto a la proporción y calidad de sus componentes: los ácidos aminados, o aminoácidos. Y el valor de las proteínas depende de su riqueza en esos elementos. Se ha demostrado que, por lo menos, diez especies de esos ácidos aminados son indispensables para la alimentación, siendo necesarios unos para el crecimiento del individuo y otros para su salud. Por lo común, sólo se encuentran en conjunto en las proteínas de origen animal: las de la carne, la leche o los huevos. O sea, que el hombre no puede vivir como es debido si no ingiere regularmente —según sugieren los técnicos— una cantidad de proteínas animales igual a la que proviene de productos vegetales.

Como estas proteínas de origen animal son las que representan un mayor *valor venal*, las clases *menos favorecidas económicamente* del mundo entero son las que tienen mayores deficiencias de proteínas.

El esclarecimiento de estas cuestiones ha puesto de manifiesto que es un mito inaceptable la creencia en la superioridad de ciertas razas. Son razas más favorecidas por las circunstancias, mejor alimentadas. Eso es todo.

Un hecho concluyente lo tenemos en nuestra propia América, en el Caribe. Puerto Rico fue —durante los tiempos de la colonia— una isla *mucho mejor alimentada* que cuando cayó bajo el dominio yankee. ¿Por qué? Sencillamente porque su alimentación era, entonces, más rica y variada. Al llegar los yankees lo mejor de la tierra pasó a sus manos —por compra, desde luego— y se impuso el monocultivo: la caña de azúcar. Y los alimentos, que antes se producían abundantemente en la isla, tuvieron que importarse del exterior a precios muy superiores a las posibilidades económicas del pueblo portorriqueño. Y he ahí por qué un pueblo al que se decía *liberado* añoró —aún— los años que precedieron a su pretendida *liberación*.

Es —lo prueban los hechos, que la falta de tiempo me impide exponer con mayores detalles— que en todas partes donde el monocultivo —goma, azúcar, café— va poco a poco eliminando granjas y huertas, se *reduce la ración* —y con ella la salud y la vida de los trabajadores— sobre todo, cuando al monocultivo se une, como es

harto frecuente, el ausentismo de los *señores* de las tierras.

Pero, al llegar a este punto, conviene notar que aún existen pueblos donde la rutina —la tradición— se oponen a que se corrijan ciertas deficiencias dietéticas.

En *La Prensa* de hace tres días, en un artículo que firma el historiador Arnold Toynbee, y en el que relata sus impresiones de viaje por el Japón, hallo algunos párrafos que son, para el tema que estamos estudiando, de indudable interés. Copio algunos de ellos.

“El arroz no es para Hokkaido —una de las islas *grandes* más septentrionales del archipiélago— un cultivo lógico. En este clima áspero y duro del norte, la cosecha de arroz tiene que ser recolectada, por lo menos, un mes antes que en las regiones donde el arroz crece mejor”. . . . “La producción de arroz es un recurso artificioso en Hokkaido” . . . “Y, sin embargo, se utiliza la tierra para producirlo con preferencia a cualquier otro producto”. . . . “Si el área que, ahora, se dedica a su cultivo, se dedicara al centeno, la avena y pastos, la producción total de alimentos de la isla probablemente aumentaría sustancialmente. Esto enriquecería a la isla y reduciría las importaciones de alimentos en el Japón. Sin embargo, hacer tal sugestión utilitaria es lindar con la traición, con la blasfemia”. . . . “Para un pueblo arrocero la industria de productos lácteos no es una innovación económica, sino una actividad desagradable que constituye casi una impiedad”.

¡Y el Japón es la nación de Asia donde la influencia de Occidente se ha hecho sentir más profundamente, desde hace muchos años!

XI

He hecho notar que son las clases más humildes —en todo el orbe— las que sufren con mayor intensidad los males del *hambre material* o *específico*, lo mismo da. Pero los representantes de las razas que se tienen por *superiores* no lo entienden así.

En cuanto a la consideración que los *blancos* —los que creen pertenecer a lo más escogido de la humanidad— sienten por sus hermanos de razas tenidas por inferiores, guardo yo un recuerdo muy significativo. Hace cerca de veinte años —en 1938— iba yo hacia Ginebra en un barco inglés, el *Almanzora*, para asistir a una reunión de actuarios del Seguro Social. En el mismo buque viajaba proce-

dente del Rosario un matrimonio joven, *angloargentino*, es decir, nacidos ambos en la Argentina, pero de padres ingleses, acompañados por dos hijos de corta edad. Yo debía desembarcar en Cherburgo, ellos habían de seguir hasta Southampton. Eran sumamente simpáticos y nos hicimos muy buenos amigos. Pero, al llegar a Bahía, estando el marido y yo apoyados en la borda del barco, viendo cargar carbón, ocurrió un minúsculo incidente que me dio mucho que pensar. Es el caso que al ver yo cómo subía por una escalera un infeliz mestizo brasileño, abrumado por la enorme carga de una pesada bolsa, me dejé decir: "¡Pobre hombre, apenas puede con el peso!" Mi compañero me miró con sonrisa un tanto burlona, y me preguntó, sencillamente: "¿Pero usted cree que *eso* es un hombre?" La sorpresa no me dejó contestar, y sus palabras se perdieron en el aire... Pero mi simpatía por aquellas gentes amables y cordiales, al parecer, disminuyó considerablemente. Y eso que yo no había leído entonces el libro de Josué de Casto —no había sido escrito, ni seguramente pensado aún— que explica científica y lógicamente la pretendida superioridad de mi compañero de viaje.

Unas palabras más para terminar. ¿Qué se deduce de todo lo dicho? Que el mundo cuenta aún con amplios recursos para atender a la subsistencia de muchos nuevos habitantes. Que no es, por cierto, el neomaltusianismo —fea y egoísta práctica— el mejor medio de hacer frente a un fuerte aumento de la población. Lo más eficaz es, en primer término, utilizar bien la tierra y sus productos. Y, en seguida, *distribuir* éstos con más equidad y tino que hasta la fecha.

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ

Leída en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 16 de mayo de 1957.

La evolución económica argentina durante los últimos 40 años

por LORETO M. DOMÍNGUEZ

Cuando Luis Reissig, secretario vitalicio de este Colegio Libre, me sugirió en Washington que dictara aquí una conferencia sobre problemas económicos argentinos, pensé que podría ser de interés analizar nuestra evolución económica a largo plazo y el cambio relativo en nuestra posición económica internacional. El observador que como yo ha vivido largo tiempo en el extranjero, tiene en este tipo de análisis la ventaja de un enfoque más general y la de poder ignorar los detalles que a veces confunden y oscurecen los problemas.

¿CUÁLES HAN SIDO LAS CARACTERÍSTICAS DE NUESTRA EVOLUCIÓN ECONÓMICA DESDE, DIGAMOS, EL FIN DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL?

En el año 1915 ó 1916 el ingeniero Alejandro Bunge escribió un estudio magistral —*Riqueza y renta de la Argentina*— en el que con abundancia de estadísticas y utilizando los datos del Censo General de 1914 mostró que la Argentina —con sus ocho millones de habitantes— era uno de los países más ricos del Mundo. El ingreso real por persona en la Argentina era entonces sólo ligeramente más bajo que el del Reino Unido y mayor que los de Alemania y Francia. Bunge no presenta cifras para los Estados Unidos ni el Canadá, pero por inferencia puede concluirse que nuestro ingreso real por habitante no estaba lejos del de los Estados Unidos, y probablemente era más alto que el del Canadá.

En América latina nuestra posición era, indisputablemente, una de preeminencia económica y las repúblicas hermanas miraban a la

Argentina con admiración; la simple posibilidad de imitarnos era remota. Tal era nuestra supremacía.

Poco más de 40 años después —en 1955— la comparación de nuestros ingresos reales por habitante con los de otros países nos muestra una extraordinaria pérdida relativa. El ingreso nacional por habitante de los Estados Unidos —en términos reales— es probablemente seis veces mayor que el nuestro; el del Canadá, por lo menos cuatro veces mayor y así sucesivamente con otros 22 países cuyos ingresos son más altos que los nuestros. En América latina hay repúblicas como Venezuela y un área de los Estados Unidos (Puerto Rico), cuyos ingresos reales por habitante son ahora más altos que los nuestros.

Observando sólo los índices, sin entrar aún en las razones o explicaciones, se advierte que este cambio en la posición relativa de la Argentina es el resultado de dos factores en juego. Por un lado, nuestro crecimiento económico desde 1914 ó 1915 ha sido comparativamente lento. Aún no se han compilado estadísticas del ingreso nacional que permitan comparar nuestra situación de hoy con la de 40 años atrás, pero es probable que cuando las tengamos ellas muestren que, sobre una base per-capita, nuestra producción real sea hoy en día acaso 30 ó 40 % mayor que en 1914 —. cifra en verdad insignificante, ya que mostraría una tasa de crecimiento acumulativo de poco más o menos $1\frac{1}{2}$ % anual. El crecimiento de otros países, particularmente los altamente industrializados, ha sido mucho más rápido. Pero también lo ha sido el de los países menos desarrollados, ya que con muy pocas excepciones toda América latina ha tenido una tasa de crecimiento más elevada que la nuestra.

El contraste con el resto de América latina es más violento si nos limitamos a los últimos quince años. En 1940 la Argentina todavía tenía el más alto nivel de ingreso real per-capita. Nos seguían a una distancia considerable el Uruguay, Chile, Cuba y Panamá. El resto de América latina tenía ingresos que variaban entre una cuarta parte y una décima parte de los nuestros. Hoy en día esas diferencias se han reducido considerablemente. Uno de ellos —Venezuela— tiene un ingreso aproximadamente dos veces mayor que el nuestro. Además, países como Cuba, Panamá, Colombia y Costa Rica tienen ingresos sólo ligeramente inferiores a los de la Argentina. El Brasil, que en 1940 tenía un ingreso por habitante equivalente a una cuarta parte del nuestro, está hoy en día sólo 30 % por debajo.

En estas comparaciones he utilizado datos de ingreso o renta nacional, pero podríamos haber llegado a conclusiones similares utilizando índices de áreas sembradas, volúmenes de producción agrícola, producción industrial, importaciones, carga transportada por los ferrocarriles, número de automóviles y muchos otros. Los índices del ingreso nacional, al medir en una sola cifra la totalidad de la producción de bienes y servicios, tienen ventajas especiales. Una de ellas es que nos muestran la realidad económica y nos apartan de los espejismos monetarios.

Si el volumen total de bienes y servicios que un país produce aumenta al mismo ritmo que su población, evidentemente la disponibilidad por habitante de tales bienes permanecerá también sin cambio. Y no importa qué clase de política económica o qué métodos de distribución o redistribución del ingreso monetario se adopten; cada habitante, término medio —y el país en su conjunto— tendrá la misma cantidad de bienes reales para consumo o inversión.

Cifras fidedignas compiladas por la antigua Secretaría de Asuntos Económicos muestran que el ingreso nacional bruto, es decir, la producción física total de bienes y servicios de la República Argentina, medida a precios constantes, equivalía en 1948 a 66.000 millones de pesos. En 1955 permanecía al mismo nivel. Desde que en esos siete años nuestra población creció en poco más o menos 10 %, la disponibilidad de bienes materiales por habitante inevitablemente tiene que haberse reducido, no importa qué clase de medidas se hayan usado para ocultar o disimular la realidad. Estas medidas —tendientes en su mayor parte a mejorar la situación económica y los "standards" de vida de sectores importantes de la población— derivan sólo hacia una inflación de precios y valores monetarios, fenómeno inevitable frente al estancamiento de la producción de bienes reales.

Pero esto es parte de la evolución reciente. Continuemos con nuestro análisis general y a más largo plazo.

Para entender el porqué de nuestra situación de prosperidad en 1914, nuestro estancamiento relativo en los 40 años siguientes y las dificultades que hoy confrontamos, es necesario tener algún esquema o explicación del proceso de desarrollo económico. A esto debemos dedicar unos minutos.

Desarrollo económico se llama al proceso mediante el cual un grupo socio-económico obtiene un aumento gradual y a largo plazo

en los niveles de producción y, por ende, un aumento del bienestar material de la población. El economista por lo general evita el problema de la "distribución" del ingreso, ya que sus técnicas no le permiten contestar científicamente qué sistema o forma de distribución es más conveniente o produce mayor suma de "satisfacciones". Por esta razón lo usual es considerar que en la medida en que el ingreso anual aumente más rápidamente que la población, las posibilidades de mayor bienestar económico para cada miembro de la sociedad serán realizables.

No hay duda que el proceso de desarrollo económico es complejo y que envuelve numerosos factores sociales, políticos y culturales, además de los económicos. Los economistas aún no han elaborado una teoría que ponga estos factores en un orden de prioridad aceptado. Existe, además, alguna confusión en cuanto a ciertos elementos que pueden considerarse sea como *determinantes* sea como resultantes del proceso de desarrollo. Esto ocurre particularmente con elementos sociales y políticos. Algunos investigadores, preocupados por estos aspectos del problema de desarrollo, insisten en subrayar, por ejemplo, la "calidad" de la población, el sistema institucional, la disponibilidad de mano de obra calificada, los niveles de educación, la filosofía política, el deseo de lucro de la población, su movilidad y adaptabilidad a condiciones cambiantes y muchos otros factores.

Los puramente económicos son, sin embargo, más claros. Entre éstos mencionaremos sólo dos que son fundamentales, el ritmo de acumulación de capital y los recursos naturales en su relación con la población.

En cuanto al primero, es decir, la inversión de capital, puede afirmarse en general que un país experimentará crecimiento económico sólo en cuanto su capacidad productiva aumente en forma gradual. Esto supone ahorrar —e invertir— una proporción de la producción total que cubra la depreciación y el consumo del capital existente y que, además, permita equipar a cada miembro de la población activa —inclusive la nueva población que se agrega a la ya existente— con un equipo productivo cada vez mayor.

Empíricamente se ha determinado que para que ocurra un aumento de 1 % anual en el ingreso o producto nacional, la inversión de capital debe ser 3 ó 4 veces mayor. De este modo si suponemos que la población crece a razón de, digamos, 2 % anual y que se

desea obtener un aumento neto del ingreso per-capita de 2 %, la inversión total tendrá que ser de aproximadamente 12 a 16 % del ingreso. Además, será necesario reemplazar el capital consumido, lo cual puede insumir otro 3 ó 4 % del ingreso. El problema que se presenta a este respecto es, simplemente, que muchos países con niveles de ingreso nacional bajo, no pueden ahorrar una proporción suficientemente alta de éste como para asegurar un ritmo de crecimiento neto per-capita que corrija la situación de subdesarrollo en un plazo razonablemente corto.

En cuanto a *recursos naturales*, el primer punto que conviene señalar es que su definición no es simple. Si los recursos existen, pero su existencia se desconoce o su explotación es imposible por razones de distancia, costos u otras dificultades, su efecto sobre las posibilidades de desarrollo será nulo. Pero, limitando el análisis a *recursos disponibles*, es evidente que su magnitud y variedad determinarán la dirección del desarrollo económico y el grado en que éste puede ocurrir. Un país con recursos abundantes, variados y fácilmente asequibles tendrá mejores posibilidades de desarrollo que otro en donde no se den estas condiciones. También la *relación entre recursos y población* es importante. Finalmente, cabe notar que la abundancia y variedad de recursos tienen también relación con la cantidad de *capital* que será necesario invertir para su explotación.

Habiendo señalado los dos factores económicos fundamentales en el proceso de desarrollo, conviene que digamos algunas palabras sobre ciertos cambios estructurales que ocurren a medida que el proceso avanza.

Uno de los cambios estructurales más conocidos se relaciona con la *distribución ocupacional de la población*. Así se advierte que a medida que aumenta el ingreso —es decir, a medida que un país progresa— ocurre una disminución en la proporción de la población activa ocupada en la agricultura e industrias extractivas. Correlativamente aumenta la importancia del sector manufacturero y el de los servicios.

Esta característica estructural ha sido objeto de variadas interpretaciones. Así, por ejemplo, se ha considerado que la simple transferencia de población de los sectores primarios hacia los secundarios y terciarios, resultaría automáticamente en aumentos del ingreso. Un economista norteamericano calculó los aumentos del ingreso que re-

sultarían de tales movimientos de población en distintos países. La idea de que la *industrialización* siempre se traduce en aumentos del ingreso se basa también en una interpretación superficial de la referida característica estructural del desarrollo.

De hecho un aspecto importante de este cambio estructural es que la producción absoluta aumenta en *todos* los sectores. Así, lo que en realidad ocurre es que la producción primaria se tecnifica de modo que aumenta y se produce con menos población activa. El exceso de población en los sectores rurales se mueve entonces hacia las zonas urbanas en donde encuentra ocupación en las actividades industriales y de servicios. Pero todo esto es un fenómeno ordenado y gradual, acompañado por un proceso de inversiones distribuidas en proporciones adecuadas entre los diversos sectores. De este modo el movimiento de población no es sino el efecto final, el índice de cambios más profundos en la estructura productiva de un país en desarrollo. El desarrollo, es evidente, no se puede promover simplemente fomentando movimientos de población.

Nos queda ahora por analizar el concepto de *desarrollo balanceado*, el que también se presta a confusiones. La necesidad de "balance" o equilibrio en el desarrollo ha sido frecuentemente interpretada en el sentido de que "balance" significa simplemente el establecimiento de industrias, de modo que la importancia del sector industrial crezca y haya equilibrio entre agricultura y manufacturas.

Pero esta interpretación es superficial.

La noción de "balance" puede adquirirse claramente imaginando el funcionamiento de una economía "cerrada", es decir, aislada del resto del mundo o sin comercio exterior. Como todos sabemos, en una economía monetaria la producción de bienes y servicios tiene una contrapartida o equivalente que es el ingreso monetario distribuido entre los factores de la producción en forma de sueldos, salarios, utilidades, intereses, rentas, etc. En principio, la suma de los ingresos distribuidos es equivalente al valor de mercado de la producción de modo que, teóricamente, la producción siempre tendría que encontrar mercado. Para que esto ocurra, sin embargo, es necesario que la composición de la producción —en términos de mercaderías y servicios individuales— se ajuste a la composición de la demanda, determinada por los niveles de ingreso, la distribución del mismo entre sectores y por categorías, los gustos de la población, etc. Cuando la composición

de la producción se ajusta a las características de la demanda, los productores podrán colocar toda su producción, realizar la ganancia anticipada y, lógicamente, en el próximo ciclo productivo tenderán a producir en cantidades mayores. Por supuesto que la expansión de la producción tiene que ajustarse, por lo tanto, a ciertas normas, y cada productor que aumente su producción la podrá colocar, sin pérdida, sólo en la medida en que otros productores también expandan su capacidad en las proporciones requeridas.

El desarrollo económico depende, por lo tanto, en sus aspectos mecánicos de un balance o equilibrio que es delicado y difícil de obtener.

Este equilibrio se logrará tanto más fácilmente cuanto más *elástica* sea la oferta de las diversas mercaderías y servicios. Una oferta elástica —ante un aumento de la demanda y los precios— resultará en una mayor producción. Sin embargo, la elasticidad de la oferta variará normalmente de mercadería a mercadería y en muchos casos se tropezará con productos cuya producción sólo podrá aumentarse a gran costo (oferta inelástica) o bien cuya producción no podrá aumentarse en modo alguno por razones físicas; carencia de una materia prima esencial.

Por supuesto, que el concepto de una economía cerrada o sin comercio exterior es una ficción, ya que todos los países tienen intercambio con el resto del mundo. Pero esta ficción nos ayuda a entender el papel que juega el comercio exterior en el desarrollo económico.

Para los grandes países industriales el comercio exterior fue —y continúa siendo— el instrumento mediante el cual pueden corregir las deficiencias en sus bases de recursos naturales. Esto es importante, ya que la obtención de una producción “balanceada” —balanceada en el sentido que hemos descrito— requiere acceso a una gran variedad de materias primas y productos primarios. Un país que no los posea, todavía puede lograr tal producción balanceada siempre que a través del comercio exterior logre el acceso a los recursos naturales de otros países. Ésta ha sido la función tradicional del comercio exterior. Más aún, la existencia del comercio exterior, el desarrollo de corrientes comerciales que básicamente consistían en la exportación de productos elaborados y la importación de materias primas cuya producción no podía tener lugar dentro del territorio de los países

industriales, es lo que ha hecho posible el desarrollo de los grandes países industriales.

Es por esto por lo que se advierte que el comercio mundial ha crecido juntamente con el alza de los niveles de producción de los países industriales. Así, el comercio mundial se duplicó en volumen entre 1860 y 1880 y se multiplicó por tres entre 1880 y 1914. Otro punto que puede ser interesante señalar a este respecto es que existe una relación directa entre el tipo, la variedad y la abundancia de recursos naturales de un país, el nivel de comercio exterior que realiza y el de ingresos reales por habitante que ha logrado.

Así, por ejemplo, se advierte que los Estados Unidos, un país con una base de recursos naturales enorme (tanta tierra agrícola por habitante como la Argentina, y recursos minerales variadísimos) ha logrado los más altos niveles de ingreso y "standards" de vida con un comercio exterior relativamente pequeño.

En cambio, todos los otros países altamente industrializados de Europa Occidental —Reino Unido, Bélgica, Holanda, Suiza, Suecia, Alemania, Francia— cuyos recursos naturales son relativamente escasos y desbalanceados— han logrado sus altos niveles de ingreso a base de un intenso comercio exterior que, por todos los medios posibles, tratan de mantener.

El papel del comercio exterior en el desarrollo económico de los países productores de materias primas y productos primarios fue, sin embargo, totalmente distinto. Para estos países el comercio exterior no fue sino un medio cómodo y rápido de participar en el aumento de los "standards" de vida que la revolución industrial estaba provocando. Este método puede ser extraordinariamente eficiente, dependiendo del tipo de producto primario que exporte un país dado y la demanda internacional que para él exista. Este tipo de desarrollo es ideal para países con escasa población y en sus primeras etapas de vinculación con la economía mundial. A él recurrieron los Estados Unidos —que originalmente era un gran exportador de productos primarios y alimentos, y que continúa siéndolo—, el Canadá, Nueva Zelanda, Australia y, ciertamente, la República Argentina.

La exportación de productos primarios a los centros industriales, no puede ser el único método de desarrollo en países donde la producción crezca rápidamente o en aquellos que producen artículos cuya

importancia, dentro de la estructura mundial del consumo, tienda a decrecer.

Para que un país especializado en la producción y exportación de productos primarios pueda continuar progresando económicamente, la demanda externa para estos productos tiene que aumentar a un ritmo más rápido que el de la población del país. En la mayor parte de los casos esto significa que los países industriales deberían haber progresado a un ritmo extraordinariamente rápido (3 ó 4 % por año). La situación, además, varía según el tipo de productos. Así, tenemos que la demanda de productos alimenticios aumenta con los aumentos del ingreso, pero la Ley de Engel nos dice que el aumento en la demanda será menor que el aumento en el ingreso. La demanda de petróleo, en cambio, aumenta más rápidamente que los niveles de ingreso. Es evidente que la situación de dos países especializados respectivamente en la producción y exportación de alimentos y petróleo será totalmente distinta.

Todas las consideraciones anteriores nos permiten ya sacar algunas conclusiones de aplicación a nuestro propio problema de desarrollo económico.

Nuestro progreso económico desde mediados del siglo XIX se debió exclusivamente al impacto del comercio exterior y la demanda de nuestras materias primas y productos alimenticios. Esa demanda externa nos dio —como está dando hoy en día a Venezuela, a Cuba hasta el año 1921 y a algunos otros países— la oportunidad de un rápido ritmo de crecimiento. Nuestra población era pequeña —todavía en el año 1914 teníamos, dijimos, solamente ocho millones de habitantes— y las exportaciones eran extraordinariamente altas. Medidas en dólares de poder adquisitivo constante las exportaciones argentinas en los años 1861-65 eran de 36 dólares por persona; en 1895-1900 llegaron a \$ 101 y en 1911-1915 a \$ 144. Desde entonces han estado decayendo en forma gradual y, en 1950, no pasaban de 63 dólares por persona, cifra que aún mantenemos. Es natural que para sostener los "standards" de vida logrados en 1914 ó 1915 nuestro sistema productivo debió modificarse ya en esos años y comenzar a producir bienes que anteriormente se importaban y que nuestra decreciente capacidad de pagos (o capacidad de importación) en el exterior ya no permitía importar. Así, pues, la declinación de nues-

tros niveles de exportación por habitante a partir de 1914 —unido al hecho de que la corriente de capitales extranjeros también se redujo luego de la Primera Guerra Mundial— junto con nuestra inhabilidad para aumentar al ritmo necesario nuestra capacidad productiva, explican el estancamiento relativo en nuestro ritmo de crecimiento económico durante los últimos 40 años.

Creo que es de algún interés e importancia colocarnos en una perspectiva histórica y advertir que nuestra situación económica no es producto del momento actual ni de nuestras prácticas políticas durante los últimos años (aunque esto indudablemente ha contribuido a hacer más difícil la situación), sino que es el resultado de factores que han operado a largo plazo y que continúan operando.

En realidad el diagnóstico fue difícil, ya que poco después de la Primera Guerra Mundial sobrevinieron algunos años prósperos y aun cuando nuestros niveles de comercio exterior no volvieron a exceder los niveles de 1914-1915, existía la impresión de que la tendencia pronto se reanudaría. En 1929 se inicia la gran Crisis Mundial que disimuló el fenómeno a largo plazo y que nos hizo pensar que el estancamiento del comercio exterior era de carácter temporal. La situación mejoró, por supuesto, durante la Segunda Guerra Mundial y, en 1947, nuestras exportaciones por habitante subieron casi 50 % con respecto a los niveles de preguerra para caer poco después en forma igualmente rápida.

El problema fundamental argentino del momento es, por supuesto, encontrar el camino mediante el cual pueda reanudarse el ritmo de progreso económico interrumpido durante tantos años.

Los elementos o condiciones para la solución de este problema están todos al alcance.

Ya he señalado la importancia que para el desarrollo económico tiene una base de recursos naturales amplia y diversificada. Pero la Argentina es una de las zonas del mundo que tiene abundancia de tierras y el clima adecuado para producir un exceso de alimentos y materias primas agropecuarias y exportar grandes volúmenes. Tradicionalmente se ha hablado de la escasez de minerales y energía en la Argentina, pero aun esto parece ser erróneo y todo indica que, al menos en lo que respecta a combustibles fósiles —particularmente petróleo— nuestra situación es excepcional.

Nuestra población es básicamente activa, dinámica, y posee ini-

ciativa y un alto nivel de educación. Ninguna de las deficiencias que respecto a la población y su calidad a menudo señalan los sociólogos como barreras al desarrollo, es de aplicación o pertinente en nuestro caso.

Nuestro nivel de inversiones, aun durante los últimos 10 ó 15 años, ha sido relativamente alto, como es natural en un país que, a pesar de su estancamiento económico, logró mantener un nivel de ingreso real dentro del cual los ahorros son posibles.

Sin embargo, nuestra producción total ha crecido muy lentamente y por lo menos desde 1935 apenas logró exceder el ritmo de crecimiento natural de la población.

En líneas generales las causas de esta situación no son difíciles de puntualizar. De hecho saltan a la vista.

Por un lado hemos descuidado la producción agropecuaria para la cual el país posee condiciones excepcionales. Nuestra producción agropecuaria no se estancó, sino que, peor aún, se redujo. Nuestra capacidad de exportación declinó y con ella nuestra habilidad para obtener en el exterior las materias primas, combustibles, equipo industrial y tecnología que necesitamos no sólo para aumentar nuestra producción primaria, sino también nuestra producción industrial. La agricultura es un mal negocio si es primitiva e ineficiente. Pero una agricultura mecanizada, de grandes rendimientos por hectárea y por hombre es una actividad lucrativa. Véase si no la situación de países como Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelandia y Australia.

Además el resto del mundo necesita alimentos y está dispuesto a cambiarlos por otros productos. La disponibilidad de tierras y climas aptos para producir alimentos no es grande. La Argentina debe fomentar y tecnificar su agricultura, reducir sus costos de producción agrícola y reconquistar su antigua preeminencia como país exportador. En la medida que logremos esto, estaremos facilitando y haciendo posible el proceso de industrialización que también es esencial para nuestro desarrollo.

La Argentina, con una población que se acerca a los 20 millones de habitantes, no puede vivir y desarrollarse sólo con la agricultura y la exportación de productos agropecuarios. Sobre esto ciertamente no hay dudas o discrepancias. Pero nuestra industrialización debe ser ordenada y no producto de un proceso inflacionario que distorsiona

Dentro del campo de la política económica existen medidas que estamos rehusando adoptar, pero que inevitablemente tendremos que aceptar, si es que deseamos romper el círculo vicioso y entrar en una era de progreso material. La adopción de tales medidas resulta violenta porque en el curso de los años los diversos sectores y grupos de nuestra población han desarrollado una psicología de *consumidores*, ignorando o rehusándose a reconocer que los niveles de consumo son función exclusiva de los niveles de producción. Estos sectores exigen niveles de consumo o "standards" de vida que se consideran mínimos sin tener en cuenta si la capacidad productiva del país los puede, de hecho, proveer. Cuando la realidad —a través de la inflación— muestra que esto no es posible, la presión se dirige hacia el Estado, el que —mediante leyes— intenta resolver un problema cuyas raíces y causas son de otra índole. Así, pues, parece imprescindible que de un modo u otro variemos nuestra actitud y pensemos primero como productores y luego como consumidores.

Entre estas medidas están:

1. Detener el proceso inflacionario que aún continúa a un ritmo de 40 ó 50 % anual de aumento en el nivel de precios. Esto será penoso, ya que supone la nivelación del presupuesto nacional y muy posiblemente la reducción de los gastos públicos; restricciones al crédito y otras medidas igualmente impopulares. Pero sin estabilidad monetaria no puede haber progreso o estabilidad económica.
2. Simplificar los controles y movernos rápidamente hacia un sistema de menor intervención gubernamental en lo económico. Estos controles se justifican sólo porque sectores y grupos de la población no quieren aceptar la realidad económica en que vive el país. El argumento político en pro del mantenimiento de estos controles es, por supuesto, extraordinariamente fuerte, pero esos controles están impidiendo que la producción se expanda y que aumente la disponibilidad de bienes materiales, que en último análisis es la base de un mejor "standard" de vida para todos los sectores. Estos controles de hecho producen una redistribución del ingreso entre grupos y sectores. Si esa redistribución fuera necesaria —y es muy probable que lo sea— existe siempre los valores relativos y crea demandas artificiales o ficticias.

el camino de una reforma impositiva que lograría los mismos resultados, pero sin afectar el incentivo de los grupos productores.

En síntesis y para concluir deseo señalar que el panorama económico argentino ofrece contradicciones increíbles. Un país con todos los recursos y condiciones para ser uno de los más prósperos del mundo se ve entorpecido por dificultades institucionales, sociales y políticas —totalmente artificiales— para proseguir un ritmo de progreso que le pertenece.

Pero precisamente la naturaleza artificial de estas dificultades hace pensar que una vez que el problema se plantee en sus justos términos, la solución será rápida y entonces nuestro progreso económico estará asegurado.

LORETO M. DOMÍNGUEZ

Leída en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 29 de mayo de 1957.

NOTAS

PREMIOS A LA PRODUCCIÓN LITERARIA Y CIENTÍFICA

El 15 de abril, en un acto solemne celebrado en el aula magna de la Facultad de Derecho fueron entregados los premios a la producción científica y literaria correspondientes al período, otorgados en enero por el Poder Ejecutivo sobre el fundamento de los dictámenes de los jurados respectivos. Los premios fueron acordados en este orden: Grupo A: Historia, filosofía y ciencias sociales (1953-1955), 1º Teoría del hombre, de Francisco Romero; 2º Tratado elemental de derecho comercial, de Carlos C. Malagarriga; 3º Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1810), del P. Guillermo Furlong. Grupo B: Poesía (1952-1954), 1º El bailarín, de Vicente Barbieri; 2º Los nombres, de Silvina Ocampo; 3º Vida y muerte de un compadre, de Miguel Etchebarne. Grupo C: Ciencias físicas, químicas y matemáticas, aplicadas y tecnológicas (1953-1955), 1º y 2º premio, desiertos; 3º Agotamiento, erosión y recuperación de suelos en la República Argentina, de los ingenieros agrónomos Carlos Sauberán y Jorge S. Molina. Grupo D: Crítica literaria, arqueología y antropología (1953-1956), 1º Las civilizaciones prehispánicas de América y Prehistoria de América, de Salvador Canals Frau; 2º El habla rural de San Luis, de Berta Vidal de Battini; 3º Lugones escritor, de Juan Carlos Ghiano.

Además fueron otorgados los premios a la producción regional, a la teatral en el género dramático, 1º Mariano Moreno, de Gustavo Gabriel Levene; 2º La biunda, de Carlos Carlino; en el género "comedia", 2º Farsa del corazón, de Atilio Betti, a la cinematográfica y a la radial.

En el acto de la entrega hicieron uso de la palabra el ministro de Educación y Justicia, doctor Acdeel Salas, y el profesor Francisco Romero, cuyo discurso publicamos a continuación.

DISCURSO DE FRANCISCO ROMERO

Seguramente por la mera razón circunstancial de figurar en primer término el grupo de disciplinas a que pertenece el premio que me

ha sido discernido, he sido honrado con el encargo de hablar en este acto. No me corresponde asumir la representación formal de todos los premiados, que ellos no me han conferido. Tampoco he de hablar exclusivamente en mi nombre. Hablaré más bien como uno entre los premiados, aunque creo que algunas de las reflexiones que expondré, de orden general o tocantes a mis propias preocupaciones, con las alteraciones debidas, acaso podrían ser suscritas por muchos entre quienes, con méritos superiores o parejos a los míos, reciben hoy las recompensas del Estado a la labor intelectual en las ciencias y las artes.

Únicamente me considero intérprete de todos al exponer el sentimiento por una ausencia que nos acongoja y que pone una nota de melancolía en esta fiesta: la de Vicente Barbieri, cuya noble figura de alto poeta y de hombre sin tacha sólo podrá acompañarnos en la evocación del recuerdo.

Para mí es una gran satisfacción y un señalado honor que mi libro *Teoría del hombre* —algunas de cuyas ideas concebí hace mucho tiempo, pero cuya elaboración, redacción y publicación ocurrieron en la triste etapa que hemos dejado atrás— haya sido considerado por un jurado de personas independientes y honorables, merecedor de la alta distinción que es ahora corroborada formalmente en este acto por las autoridades surgidas de la Revolución Libertadora:

No me ciegan los elogios ni las sanciones favorables a mi obra; tampoco me afectan demasiado las censuras y los juicios desfavorables. El destino de la obra intelectual, cuando no perece de inmediato por su intrínseca inanidad, es abrirse su propio camino entre las encontradas opiniones que suscita. Sólo debo decir que la pensé y escribí en serio, con esfuerzo, dedicándole muchas horas de meditación y procurando que reflejara en cada proposición lo que yo estimo ser la verdad. Y también debo agregar que mi persistencia solitaria en ese trabajo, durante días amargos y sin esperanza, se apoyó de continuo en mi fe inquebrantable en la validez y la trascendencia de la labor espiritual, que se mantiene aun en aquellas circunstancias en que parecen ser negadas y escarnecidas.

En un ambiente tan escaso de estímulos y halagos para la ocupación intelectual como el nuestro, los premios como los que nos han sido otorgados desempeñan un papel importante. Expresan una loable preocupación del Estado por los logros de la inteligencia, y vienen a compensar en parte la indiferencia de la sociedad, muy perceptible aunque sea de justicia admitir el clarividente y activo interés de los núcleos más cultos. En países de cultura más densa y orgánica, la sanción colectiva es la que cuenta y se adelanta a la oficial, la acompaña, la confirma o disiente de ella. Existe siempre esa sanción social, sobrepuesta a la del Estado y de las instituciones, especialmente consagradas al pensamiento, a las ciencias y a las artes: una sanción en parte anónima que es la de la palpitante existencia colectiva, ajena

como tal al partidismo amistoso o adversario. La soledad del investigador, del artista, del hombre de letras en nuestro país es pavorosa. Yo creo que esa soledad es responsable de que uno de los mayores poetas del idioma acabara sus días por propia decisión, y de que otro excelso lírico se haya condenado voluntariamente a algo así como un destierro que incluye una especie de renuncia a su propia obra, una obra que deberemos rescatar los argentinos contra la misma voluntad de silencio y olvido de su creador, porque es bien común de la comunidad y de la patria. Que esa soledad existe y que es uno de los problemas de nuestra realidad social, lo prueban con su evidencia de casos extremos estos testimonios, proporcionados por quienes, por la índole delicada y vulnerable de la condición poética, la han sentido con más dolorosa intensidad.

Para el progreso del trabajo intelectual es sin duda necesario o conveniente el reconocimiento, por parte de la comunidad, de que constituye una actividad valiosa dentro del complejo social. Este reconocimiento puede ser explícito o bien hacerse presente como una callada solicitud. La filosofía lo ejemplifica bien. Cuando dirigimos la mirada a los grandes movimientos filosóficos del pasado, vemos que respondían a requerimientos del espíritu de la época y se han insertado vitalmente en ella, aun en los casos en que a primera vista no parecía ser así. Unas veces la conexión del filósofo con su contorno se ha dado en forma serena y patente, como en la Antigüedad y en la Edad Media. Otras veces ha sucedido entre dificultades y desgarramientos, tal en el caso de filósofos modernos como Descartes y Spinoza, que debieron buscar el aislamiento para poder incubar sus ideas renovadoras a cubierto de sospechas y peligros. Pero estos pensadores retraídos y solitarios sólo se aislaban de la vida exterior, y precisamente para unirse de modo más íntimo y entrañable a la vida profunda de la inteligencia de su tiempo. Con otros espíritus afines y que latían al unísono, con los que constantemente se comunicaban, componían, aunque materialmente dispersos, la entraña sustancial e ideal de su época, y así lo ha reconocido después con unanimidad el veredicto histórico. Las creaciones de la inteligencia han sido siempre las respuestas a las demandas de la conciencia humana en cada una de sus ocasiones históricas, demandas explícitas o silenciosas según los casos.

Si la filosofía y las otras expresiones superiores de la cultura requieren, en general, el acogimiento y el calor de la comunidad, necesitan también, para su funcionamiento normal, otros condicionamientos sociales de índole más particular, en el plano respectivo propio de cada una de ellas. Para la filosofía, este condicionamiento específico de orden social son las grandes tradiciones filosóficas. Me he referido otras veces a este asunto, pero me parece conveniente volver sobre él en esta oportunidad.

Las instituciones universitarias y de tipo semejante pueden producir buenos profesores de filosofía, acaso investigadores de estos problemas, pero no es de su resorte engendrar filósofos, como las cátedras de doctrina y de historia literaria no engendran poetas ni novelistas. El filósofo nace por la concurrencia de la vocación y la versación, por un impulso originario desarrollado y guiado por una técnica; pero lo esencial es cierta disposición nativa del ánimo, cierta proyección especial de la inteligencia. Con todo, salvo en casos excepcionales, la vocación y la versación no bastan para que la tarea filosófica sea llevada adelante con eficacia y continuidad. La obra de creación, en este sector de la inteligencia como en los demás, se ha cumplido por lo regular dentro de determinados marcos que la han inspirado, la han estimulado, la han sostenido. Estos marcos son las escuelas y las tradiciones. Las escuelas se originan y florecen alrededor de creadores cuyos discípulos aceptan lo capital de su doctrina y la continúan, a veces con notables modificaciones, pero nunca renunciando a sus fundamentos. Más considerable, por más amplio y duradero, es el papel de las tradiciones. En las tradiciones filosóficas, lo decisivo no son las teorías, los estrictos esquemas doctrinarios, sino un haz de principios y sobre todo el influjo y la repercusión de las personalidades insignes que son sus comienzos. Este predominio de la personalidad sobre la teoría en el origen de las grandes tradiciones tiene su comprobación más sorprendente en Sócrates, de cuya doctrina ha quedado en rigor muy poco, pero cuya influencia en la filosofía ha resultado incomparable. Las tradiciones cabales en la filosofía, como en las otras ramas de la cultura, nunca se han desarrollado como la repetición de fórmulas aceptadas de una vez por todas, así como la gran tradición de la humanidad en su historia no ha consistido en la repetición de idénticos comportamientos y actitudes. Por el contrario, la gran tradición de la humanidad es hacer cosas diferentes en momentos diferentes. Pero la tradición deseable y legítima, la que otorga consistencia y sentido a la progresión histórica, exige que las tentativas innovadoras no sean esfuerzos inconexos, supresión del pasado en cada presente, condena de todo lo realizado en nombre de lo que se realiza en cada instante. Las tradiciones culturales significan el aprovechamiento de los grandes impulsos, de los puntos de vista fecundos, para sacar sucesivamente a luz todas sus posibilidades y completarlos o reemplazarlos cuando se muestran insuficientes o caducos. Y del encuentro y choque de las grandes tradiciones surgen a veces tradiciones nuevas. En la filosofía europea de los siglos XVII y XVIII, ni el racionalismo continental ni el empirismo británico han sido propiamente escuelas, sino ricas y móviles tradiciones, y cuando desembocan en la filosofía de Kant, dan lugar a una nueva postura de la cual derivan, ordenándose en una tradición nueva, los grandes sistemas del siglo XIX.

A quienes nos ocupamos en filosofía, la tarea del presente nos

está facilitada en Hispanoamérica por la existencia de tradiciones locales, modestas sin duda, pero con el calor de lo genuino y de lo propio. Tradiciones encabezadas por ilustres personalidades patriarcales que atestiguan con su labor, con su prestigio y con su ejemplo la seriedad de los estudios filosóficos como un ejercicio de la inteligencia que se sustenta en una firme vocación y que, por la consagración resuelta, reviste la dignidad de un destino. Son los varones paternales, los fundadores, que han hecho algo mejor y más permanente que crear escuelas filosóficas, porque han instaurado lo que puede denominarse la vida filosófica. Recordaré los nombres del cubano Varona, del mexicano Caso, del chileno Molina, del peruano Deustua, del uruguayo Vaz Ferreira y del que nos toca más de cerca, el argentino Alejandro Korn.

Contingencias desdichadas han motivado que ocasionalmente se interrumpieran las generosas incitaciones provenientes de alguno de ellos. Por ejemplo, durante los años oscuros que hemos padecido, el recuerdo de Korn pareció borrarse, y toda la labor plural que se organizó y se iba desarrollando se desarticuló y sufrió un eclipse. No era, conviene puntualizarlo, una escuela, sino una vasta tarea plural, en la que cada uno seguía su propia ruta, pero todos o casi todos dentro del clima espiritual suscitado por él, dentro de la corriente de activa y autónoma vida filosófica que él inauguró. Sin libertad no es posible la filosofía, ni buena ni mala, como quehacer común. Esperemos que el retorno a la normalidad institucional y a la salud moral de la colectividad signifique también el retorno a una vida filosófica intensa y variada.

La filosofía es ahora una ocupación y una preocupación de tono universal. Anteriormente, sólo contaban las contribuciones de los países de vieja civilización, como la India y China entre los de Oriente, y los europeos. En el siglo XIX se hacen presentes la filosofía norteamericana y, con volumen menor, la de nuestros países, que antes habían dado muestras interesantes, aunque débiles, de su capacidad especulativa. Pero desde entonces el trabajo filosófico se generaliza, se universaliza. No imaginemos que en adelante nuestra confrontación y correlación se deban establecer únicamente con el pensamiento de Europa, Asia y Estados Unidos, porque otras zonas se han incorporado a la indagación y la productividad filosóficas. Así el África septentrional francesa, que tiene en la Universidad de Argel un foco importante. Así la Unión Sudafricana, que ya ha dado, en uno de sus dirigentes políticos, Smuts, un pensador considerable. Así Australia, donde ha nacido uno de los más grandes metafísicos contemporáneos, Alexander, y cuya vitalidad filosófica se manifiesta en cátedras, sociedades y publicaciones. La última guerra mundial desconectó la comunidad internacional filosófica que se venía organizando, pero durante los últimos años se ha ido reconstituyendo. Nuestra integración en ella ha

sido demorada por las penosas circunstancias de estos años. Urge que en esto, como en lo demás, remedemos el daño y ocupemos el puesto que nos corresponde.

El nivel alcanzado por nuestra cultura se manifestará sin duda, suprimidos los obstáculos, en una reactivación de la vida espiritual en todos sus aspectos, entre ellos el filosófico, lamentablemente raquítico por ahora. Dentro de una vida filosófica equilibrada y saludable caben todas las orientaciones, todas las doctrinas, todas las preferencias individuales, todos los empeños honestos de alcanzar libremente la verdad, que no es posesión exclusiva de nadie. Caben todas las discrepancias, todas las actitudes críticas y aun polémicas que se planteen de buena fe. No caben, en cambio, las impugnaciones de carácter intencionadamente personal, ni las formuladas en tono diferente del que es habitual entre gentes civilizadas. No caben los intentos de imposición obligatoria ni cuanto importe desconocer los derechos de cada uno a buscar la verdad por su cuenta. El Estado y algunas instituciones públicas y privadas que ya posee el país se preocupan de fomentar la creación cultural. Esforcémonos también en fomentarla mediante una vida intelectual intensa, armoniosa y cordial; una vida que favorezca y aliente las vocaciones, les proporcione la atmósfera propicia y contribuya a que cada capacidad llegue a rendir sus frutos en las condiciones óptimas. Con la nueva orientación del país, con la recuperación del sentido democrático y republicano de la vida, ello será posible, porque no hay vida espiritual auténtica sin dignidad y sin libertad. Que así sea, por el crecimiento de la belleza y de la verdad y por la grandeza de la patria.

MARCOS SATANOWSKY

Con el fallecimiento del doctor Marcos Satanowsky en las trágicas circunstancias conocidas, el Colegio Libre de Estudios Superiores ha perdido un viejo y buen amigo, uno de sus primeros socios.

Abogado especializado en derecho comercial y profesor universitario, se había graduado en nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Sociales el año 1912. Tres años después se doctoraba en jurisprudencia con la tesis "Explicación y comentario del artículo 104 de la Constitución Nacional (Poderes gubernamentales conservados por las provincias)". En 1921 fue designado en la Facultad profesor adscripto de Derecho Comercial; en 1928 profesor extraordinario. En 1945 fue separado de su cargo docente por la prepotencia enseñoreada en la Facultad.

En una vida múltiple y activa, su carrera profesional y docente se señaló por el desempeño de otras importantes funciones universitarias y extrauniversitarias y por la publicación de autorizadas obras en su especialidad, las últimas tituladas "Libertad jurídica", de 1948, y "Estudios de Derecho Comercial", de 1950.

Vida del Colegio

Los cursos se desarrollaron normalmente durante el trimestre abril, mayo, junio, según los programas publicados en el *Boletín* mensual. Vamos a destacar la presencia en nuestra cátedra de dos ilustres escritores y profesores españoles: Salvador de Madariaga, que disertó sobre *La familia ibérica ante la familia universal*, y Federico de Onís, que lo hizo sobre *Ortega, joven y Federico García Lorca*, ambos con extraordinario concurso de oyentes y general aprobación.

FILIAL DE BAHIA BLANCA

La Filial de Bahía Blanca inauguró sus tareas de este año el 13 de abril con una conferencia del profesor Luis Jiménez de Asúa sobre *Los delincuentes justicieros en la literatura universal*. Precediendo al profesor Jiménez de Asúa, el secretario de la Filial doctor Pablo Lejarraga hizo uso de la palabra para caracterizar los objetivos principales de la entidad en el actual momento cultural y referirse al programa del nuevo año, con el que la Filial entra en el XVII de sus actividades.

El 15 de junio Betina Edelberg, asociando el acto a la celebración del Día del Escritor, pronunció una conferencia sobre *La poesía en peligro*; el 28 de junio Berta G. de Lejarraga habló sobre Gabriela Mistral, y el 5 de julio el profesor Vicente Fatone, que acababa de dejar la Rectoría como Interventor de la Universidad Nacional del Sur, por la constitución de sus autoridades, lo hizo sobre *La India de Gandhi y la India de Nerhu. Impresiones de dos viajes (1936 y 1956)*.

Los días 11, 12 y 13 de julio, el profesor Carlos S. Fayt desarrolló un cursillo de tres clases sobre *La reforma constitucional* con el siguiente sumario: I. El poder constituyente y la reforma constitucional. II. Democracia política y democracia económica en la reforma constitucional. III. Poderes y funciones en la reforma constitucional.

Demostración al doctor Scheines

Con motivo de la publicación por el doctor Gregorio Scheines, fundador y miembro del C. D. de la Filial, de su libro *El rostro perdido*, distinguido con la Faja de Honor de la S.A.D.E., el 15 de junio, los amigos del Colegio Libre le ofrecieron una cena de camaradería. Ofreció la demostración Haydee Bermejo Hurtado y agradeció el doctor Scheines.

Filial de Rosario

La filial de Rosario inició sus actividades del mes de mayo con una conferencia del profesor Risieri Frondizi sobre *La reforma en la enseñanza secundaria* y un cursillo de cuatro clases del Dr. León S. Pérez sobre *Psicología del amor*. Otro de seis clases inició la profesora Ana María De Paoli de Vieira del Collegium Musicum de Rosario, de "apreciación para la música", el cual se continuó en junio. En el mes de junio el profesor Adolfo Prieto dictó un curso sobre *La literatura autobiográfica en la Argentina en el siglo XIX*, con el siguiente programa: 1º Enfoques posibles de una literatura autobiográfica; 2º Sarmiento; 3º Calzadilla; 4º Guido Spano; 5º Mansilla. El profesor León Dujovne disertó el día 21 sobre la obra de Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, y el profesor Jorge Romero Brest el día 27 ofreció unas *Reflexiones sobre el arte griego*.

Para el mes de julio fueron programadas una conferencia del profesor Norberto Rodríguez Bustamante sobre *Vida humana e historia en la filosofía de Ortega y Gasset* y dos del Dr. Ernesto Epstein sobre *Música en la Edad Media*, así como una clase del profesor Gino Germani sobre el tema *Metodología de la encuesta en una investigación del campo* y una conversación de mesa redonda dirigida por el mismo director del Instituto de Sociología de la Filial del Colegio Libre sobre problemas particulares de investigación sociológica en la ciudad de Rosario.

En la crónica del próximo número informaremos sobre otras interesantes actividades de la Filial que han ido desenvolviéndose mientras preparábamos, con alguna demora en su aparición el número presente.

Los colaboradores de este número

LORETO M. DOMÍNGUEZ. — Argentino, egresado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires en 1938 con el título de contador, partió a estudiar en la Universidad de Harvard, de donde egresó en 1942, doctor en economía. Está en Washington desde hace diez años, en el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Unión Panamericana, organismo de la O. E. A. Actualmente es asesor de nuestro gobierno en economía.

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ. — Ver *Cursos y Conferencias*, año XXII, n° 262 - 263 - 264.

JUAN MANTOVANI. — Ver *Cursos y Conferencias*, año XVIII, n° 205 - 206 - 207.

FEDERICO DE ONÍS. — Ver *Cursos y Conferencias*, año XVIII, n° 208 - 209 - 210.

Índice del volumen L

CARMELO M. BONET: Neopreciosismo y estilo modernista	20
HUGO W. COWES: Poema XIII de Antonio Machado	51
LORETO M. DOMINGUEZ: La evolución económica argentina durante los últimos 40 años	160
AMERICO GHIOLDI: Una sugestión de política educacional	74
ROBERTO F. GIUSTI: Discurso de apertura de los cursos del Colegio Libre de 1957	99
JOSE GONZALEZ GALE: Población y subsistencias	141
JUAN MANTOVANI: La pedagogía de Ortega y Gasset	122
RAUL MONTERO BUSTAMANTE: Carta sobre los Ensayos de Roberto F. Giusti	91
FEDERICO DE ONIS: Ortega, joven	105
LORENZO R. PARODI: La terminología botánica en el nuevo Diccionario de la Academia	79
FRANCISCO ROMERO: Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual	1
Discurso en el acto de la entrega de los premios a la producción científica y literaria	173
JUAN CARLOS TORCHIA ESTRADA: El "Yo y Tú" de Martín Buber	83
Una edición de Hegel	100

Ediciones del "Colegio Libre"

REIMPRESION

LISANDRO DE LA TORRE, OBRAS III Escritos y discursos \$ 25

Contiene el volumen:

INTERMEDIO FILOSOFICO

LA CUESTION SOCIAL Y LOS CRISTIANOS SOCIALES

La cuestión social y un cura

La India cuna de mitos — El Pentateuco hebreo

Navidad y Reyes

Los historiadores y Jesús

Panorama a vuelo de pájaro

Carta a un amigo

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL FASCISMO

Distribuye la EDITORIAL LOSADA, Alsina 1131, Buenos Aires

URUGUAY

CHILE

PERU

COLOMBIA

Colegio Libre de Estudios Superiores

CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: Margarita Argúas (tesorera), José Babini, Roberto F. Giusti, José González Galé, Juan Mantovani, Luis Reissig (secretario), Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia. Suplentes: Vicente Fatone, Nicolás Halperín, Lorenzo R. Parodi. — Secretarios de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 408. ROSARIO: María Aurelia Morello, Uriarte 535.

DEL ACTA DE FUNDACION (20 de mayo de 1930):

La formación del Colegio Libre de Estudios Superiores, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Talleres Gráficos
CONTINENTAL
Lavalle 1671

PRECIO \$ 15.—